

El Libro de Job en su significado para la predicación y el cuidado de las almas

August Pieper

El libro de Job es único en la Escritura. Ha sido dado a la iglesia cristiana para instrucción particular acerca del peso supremo en la vida, los sufrimientos de este mundo presente. Su propósito es resolver el problema del sufrimiento dando la solución divina, una que la razón a la verdad no comprende, pero que da a la fe una solución completamente satisfactoria, de hecho la única solución bendita. Su propósito es mostrarnos la actitud correcta e incorrecta hacia el sufrimiento, ilustrándolo con ejemplos concretos y claros. Pero también es para enseñar a los que no sufren cómo y cómo no tratar con un hermano que sufre.

Este libro es muy instructivo especialmente para los que están en el oficio del ministerio. Uno tras otro los tres amigos y Elihú vienen al paciente Job, cada uno ofreciendo consuelo a su manera. Finalmente el Señor mismo aparece con la solución del misterio.

El libro de Job no solamente tiene forma poética; su contenido también es en gran parte poesía. Pero ésta es una poesía fiel a la vida, intrínsecamente veraz. Así como Dios envió sufrimiento a Job, también envía sufrimiento a sus hijos piadosos, aunque no sea en el mismo grado. En su tribulación, en su sentimiento, en sus pruebas, en su conducta, en su pensar y hablar Job es un ejemplo de todos los cristianos que soportan grandes sufrimientos.

La razón natural juzga y trata los sufrimientos de los cristianos de la misma manera en que lo hicieron Elifaz, Bildad y Zofar. Elihú es el prototipo de aquellos consoladores que comprenden correctamente las circunstancias y saben qué es apropiado decir, pero les falta la única cosa que puede producir una solución práctica: el amor, amor que se une en simpatía con el que sufre, levanta la carga, trae alivio. Por eso en todo el desarrollo del “trama” Elihú no cuenta; no es mencionado antes ni se refiere a él después, sino se trata como si fuera inexistente, como si su ausencia en la vida práctica no cambiaría absolutamente nada. El Señor mismo, revelando su amor y majestad, resuelve el problema para todos sus hijos al igual como para Job.

La revista *Quartalschrift* ha adoptado la promoción del estudio de la Escritura como su tarea particular. Honramos a los padres, sobre todo a Lutero; pero la Escritura es mayor que los padres. Nuestra teología tiene que rejuvenecerse, nuestra práctica hacerse saludable, nuestra fuerza renovarse en el terreno de las Escrituras. Solamente la Escritura es la fuente desde la cual brotan las aguas de la vida absolutamente frescas, puras y claras. Si no las usamos, si no volvemos a estudiarla con penetración una y otra vez, otra vez nos haremos ciegos y perderemos el discernimiento espiritual; nos haremos torpes, fríos, y haremos la obra del Señor con indiferencia; nos haremos insípidos en nuestra predicación y “cuidado de las almas” (Seelsorge), y nuestro trabajo no encenderá ningún fuego. Por supuesto, no nos interesamos en un estudio abstracto, solamente académico, de la Biblia, en

amontonar conocimiento de la Escritura como un fin en sí mismo. No, lo que buscamos de la Escritura es la salvación, la vida eterna. Buscamos sabiduría divina para nuestro conocimiento, consuelo divino para nuestra fe, poder divino para nuestra vocación y para la batalla que nos está puesto delante, para el oficio que nos ha sido encomendado. También este estudio en el libro de Job debe servir este propósito.

Como la tribulación hace un papel grande en la vida del cristiano, el cuidado espiritual de los enfermos y los que sufren forma una parte importante de los deberes del pastor. No demostrar sabiduría en esta área puede hacer mucho daño, mientras el uso de la sabiduría produce gran bendición. El pastor joven, sin experiencia, está en peligro de cometer los errores de los amigos de Job, mientras el pastor experimentado fácilmente se contenta con el papel de Eliú. Aquí es necesario observar al Señor mismo y practicar su arte, tan sencillo y sin embargo tan difícil. Esforcémonos por encontrar el significado claro de los grandes hechos y enseñanzas del libro de Job.

Desde el principio Job nos es pintado como el modelo de la clase de piedad que Dios desea y que es posible tener en la tierra. “Aquel hombre era íntegro y recto” (Job 1:1); schlecht und recht, traduce Lutero, literalmente “perfecto y recto.” La primera palabra en hebreo denota la perfección práctica, humanamente alcanzable, en cierto campo, el dominio de alguna materia, aquí, por supuesto, de la moralidad. (Tam es el teleios del Nuevo Testamento, por ejemplo en Mateo 5:48; 19:21; 1 Corintios 2:6; 14:20; Efesios 4:13; Filipenses 3:12 etc., como también es artios en 2 Timoteo 3:17). La otra palabra yasad, recto, es la integridad sincera, la verdad, lo genuino en contraste con la falsedad y la hipocresía, que solamente tiene una fachada de rectitud. Job es un modelo de la piedad - la piedad ejercida con un corazón completamente voluntario.

Además era “temeroso de Dios y apartado del mal.” Es más que perfecto moralmente y sinceramente recto; su relación con Dios es una de confianza sencilla, amor cordial, reverencia, lo cual resulta en la conducta moral y la integridad sincera. Es por eso que “se aparta del mal.” Hace esto de costumbre, en toda circunstancia, como indica el participio. El Señor mismo confirma dos veces este testimonio, 1:8 y 2:3, con el comentario adicional “no hay otro como él en la tierra.”

Job, luego, es un verdadero modelo de la piedad. Con esto no queremos decir que haya conquistado completamente el pecado o que había alcanzado absoluta perfección en la fe, en el amor y en todas las virtudes. Eso es totalmente imposible en esta vida. Aun el mejor de nosotros tiene que confesar con Juan: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” 1 Juan 1:8.

Seguramente la impaciencia de Job en su sufrimiento, su disputar apasionada con Dios, su acusación de injusticia contra Dios dan suficiente prueba de que todavía había mucha ceguera en su corazón, que todavía tenía mucho orgullo. Así Dios también, al confrontar a Job, finalmente tiene que reprender agudamente su falta de entendimiento y presunción, 38:2; 40:2-4; 41:1,2; y finalmente Job mismo confiesa su necedad, 42:2-6.

Todo esto demuestra, en primer lugar, que su piedad es genuina. Es precisamente esto que Satanás primero cuestiona. “¿Acaso teme Job a Dios de balde?” Lo presenta a Job como

un hombre que es piadoso para ganar un premio, cuya impiedad oculta saldrá a la luz tan pronto que Dios retire su bendición externa. Pero fiel a su carácter, Satanás está mintiendo y difamando. Job soporta la pérdida repentina, simultánea de todos sus bienes y todos sus hijos con dolor indecible, sin embargo se resigna totalmente a la voluntad de Dios. “ En todo esto Job no pecó ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (1:22).

Todo esto demuestra, en segundo lugar, que la piedad de Job es lo suficientemente fuerte para resistir todas las tentaciones que el Dios misericordioso y fiel (que no te dejará ser tentado más de lo que puedes soportar, 1 Cor. 10:13) puede enviarle, y contra todas las astucias del diablo (Ef. 6:11). Su piedad es lo suficientemente fuerte para vencer triunfantemente todas las aflicciones terrenales y las pruebas espirituales, para apagar todos los dardos de fuego del maligno. El proverbio que alega Satanás: “¡Piel por piel! Todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida” (Job 2:4) - es bastante cierto en cuanto al hombre natural, pero no se aplica al hombre justificado y regenerado, en quien está fuerte el poder de Dios. Mucho menos se aplica a Job, el hombre más temeroso de Dios de su tiempo. Fue una difamación desvergonzada cuando dijo Satanás de Job: “ Pero extiende, pues, tu mano y toca sus huesos y su carne, y verás si no te maldice en tu misma cara.” Job 2:5 Su Dios significaba más para Job que carne y hueso sanos; no estaba preparado para abandonar a su Dios para salvar su vida.

El Señor envía el mayor sufrimiento a este hombre de piedad ejemplar, a quien enfáticamente llama “mi siervo” (1:8; 2:3; 42:7), una designación que equivale a “hijo de Dios” en el Nuevo Testamento (Gal. 3:26; 4:7; etc). Esto no sucede primero como resultado del desafío de Satanás, como podría concluir el lector superficial. El Señor mismo primero llama la atención a Job y alaba su piedad. Y el diálogo que sigue no es un pasatiempo vano, mucho menos se puede llamar un juego malicioso.

Al contrario, la manera en que Dios dirige la conversación a Job y confiere acerca de él con Satanás (todo, por supuesto, presentado antropomórficamente) prueba que Dios tiene en mente planes especiales para Job y tiene la intención de llevarlos a cabo con Satanás como su instrumento. Su siervo que teme a Dios será expuesto a los poderes de Satanás. No es que incita al diablo a hacer lo malo; solamente llama su atención a Job; pero Satanás, a causa de su malignidad innata y consumada tendrá que hacer su papel satánico, mintiendo y asesinando, así convirtiéndose en el instrumento de Dios, primero robando a Job todas sus posesiones e hijos en un solo día y después afligiéndolo con una horrible enfermedad (probablemente elefantiasis).

En primer lugar, este sufrimiento del cuerpo, los dolores físicos, la naturaleza repugnante, horrorosa de la enfermedad, la miseria corporal extrema, y su propia incapacidad para vencer o inclusive soportarla llevan a Job a quejarse. Esto le parece peor que la muerte (3:13sig.). Su calamidad es más pesada que la arena del mar (6:2-3); su dolor es inapagable (6:10); la noche lo encuentra volteándose en la cama, esperando que el amanecer le traiga alivio; de día ansía la noche para que pueda reavivar y refrescarlo. “ Mi carne se ha vestido de gusanos y de costras de tierra; mi piel resquebrajada se deshace.” (7:4-5). “Cuando digo: ‘Mi cama me consolará, mi lecho aliviará mis quejas’, entonces me aterras con sueños y me turbas con visiones. (7:13-14). Siente que es una carga para Dios (7:20). Su vida le

disgusta (10:1); su dolor no se alivia ni con hablar ni con guardar silencio (16:6). “La noche me taladra los huesos, y los que me corroen no reposan” (30:17).

Junto con la sensación interminable, sobreabrumadora de dolor, Job siente su propia debilidad e incapacidad y tiene la idea de que será irremediablemente condenado a la muerte. “¿Qué fuerza tengo para esperar aún? ¿Qué meta tengo para alargar mi vida?” (6:11). Es decir, tal vez podría soportarlo con paciencia si podría esperar un buen término de mis sufrimientos, pero “El ojo del que me ve no me verá más. Tu ojo se fijará en mí, y yo ya no estaré” (7:8). Porque tiene que descenderse al sepulcro para jamás volver, dice: “Hablaré en la angustia de mi espíritu; me quejaré en la amargura de mi alma” (7:11). “Pues ahora yaceré en el polvo, y si con diligencia me buscas, ya no estaré” (7:21). “Antes que me vaya, para no volver, a la tierra de oscuridad y de tinieblas” (10:31). “He aquí, aunque él me mate, en él he de esperar. Ciertamente defenderé ante su presencia mis caminos.” (13:15 RVA Traducción según el texto consonantal: Seguramente me matará; no tengo esperanza.). “Yo iré por el camino sin retorno” (16:22). “Mi espíritu está atribulado; mis días se extinguen. El sepulcro está preparado para mí” (17:1). “Aunque espere, el Seol será mi casa; tenderé mi cama en las tinieblas. A la fosa digo: ‘Tú eres mi padre’, y a los gusanos: ‘Mi madre y mi hermana.’ ¿Dónde está, entonces, mi esperanza? Y mi bien, ¿quién lo verá? Descenderán al poder del Seol, pues juntos bajaremos hasta el polvo.” (17:13-16). “Porque sé que me conduces a la muerte, a la casa destinada para todos los vivientes” (30:23).

Además de todo esto, se encuentra abandonado de todos los hombres, perseguido por sus mejores y más íntimos amigos, despreciado por todos, se ríen de él, y es evitado como una abominación. Su propia esposa, que debe haber compartido su tristeza al igual como su felicidad, le ha abandonado (19:17) después de burlarse de su piedad con escarnio (2:9). Es cierto, al principio sus tres amigos se sientan con él en condolencia por siete días en las cenizas; pero cuando se queja libre y amargamente de su dolor y su angustia de corazón, no demuestran ninguna comprensión de su miseria. Le reprochan y amonestan, le echan acusaciones, le juzgan sin amor, y hacen falsas acusaciones de crímenes ocultos y maldad secreta. Le tachan de hipócrita y hombre impío (véanse los capítulos 4, 5, 8, 11, 15, 18, 20, 22), aunque no pueden refutar sus protestas de inocencia.

De hecho, el primer discurso de Elifaz es en general muy moderado. Reprende la presunción de Job, que se atreve a llamar a cuentas a Dios por permitir su nacimiento, por no permitir que muriera inmediatamente después de él, inclusive por dar luz a aquél que está en la miseria, y vida a un alma amarga (3:3,11,20). Elifaz le reclama: “¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más puro que su Hacedor?” (4:17). Le advierte contra pelear con Dios, cosa que solamente puede traerle la destrucción (5:2sig.). Predica acerca de la grandeza insondable de Dios y luego continúa: “¡He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios disciplina! No menosprecies la corrección del Todopoderoso. Porque él hace doler, pero también venda; él golpea, pero sus manos sanan” (5:17,18) y le extiende la prospectiva de las más gloriosas bendiciones de Dios si solamente se humillara bajo la mano de Dios (5:17sig.).

Aunque suena correcta y fraternal el discurso de Elifaz, sin embargo no había omitido sospechar lo profundo y genuino de la piedad de Job. “¿Acaso tu confianza no es tu

devoción; y la integridad de tus caminos, tu esperanza?” (4:6). Y lo que dice del pecado universal del hombre (4:17-21) y de la mala fortuna involucrada con el pecado (5:7) todo esto no es aplicable a Job, porque no ha negado lo primero ni se ha quejado del sufrimiento común sino, al contrario, ya ha soportado sufrimiento extraordinario (la pérdida de sus bienes y sus hijos) con completa resignación y ya ha soportado por siete días dolor excesivo sin murmurar. Por esa razón él ya siente que sus amigos (siempre los considera en conjunto) ya le han herido en este primer discurso, como resultado de su falta de comprensión y amor. “Vosotros seríais capaces de rifar a un huérfano y de especular sobre vuestro amigo” (6:27).

Y en los discursos que siguen, las palabras sospechosas, acusatorias, de los amigos se hacen siempre más agudas e insultantes. Finalmente todos, uno tras otro, le dicen en su cara que es un pecador excepcionalmente grande, de hecho, un hipócrita que recibe lo que justamente ha merecido, porque todo sufrimiento es el castigo por el pecado, y Dios nunca trata injustamente a nadie (11:6,14,20; 15:5,11; 18:4sig.; 20:5sig.; 22:5sig.). Lo mucho que le oprime su aislamiento es evidente de sus quejas en el capítulo 19. Todos los que le estaban cercanos, los miembros de su familia, sus siervos, criadas, esposa e hijos le han dado la espalda: “Todos mis amigos íntimos me abominan; aquellos a quienes amo se han vuelto contra mí (19:19).

Además, el que anteriormente recibía honra ahora se ha convertido en objeto de insulto y desprecio. El capítulo 29 alaba su gloria anterior. “Cuando los oídos me oían, me llamaban: ‘¡Dichoso!’ Cuando los ojos me veían, daban testimonio en mi favor” (v. 11). “Mi honra se mantenía nueva en mí, y mi arco se renovaba en mi mano” (v. 20). “Yo vivía como un rey que está en medio de sus tropas” (v. 25). En el capítulo 30 describe su deshonra. “Pero ahora se ríen de mí los que son en edad más jóvenes que yo, aquellos a cuyos padres yo habría desdeñado poner junto con los perros de mi rebaño” (v. 1). “Pero ahora he llegado a ser su canción; soy el tema de su habladuría” (v. 9). “Tú me has arrojado en el lodo, y he llegado a ser como el polvo y la ceniza” (v. 19).

Como resultado de sus grandes sufrimientos externos Job experimenta las más severas pruebas espirituales. Está seguro, lo considera totalmente evidente que Dios le ha enviado todo esto. En oración habla de la pérdida de sus bienes e hijos diciendo: “Jehovah dio, y Jehovah quitó. ¡Sea bendito el nombre de Jehovah!” (1:21). Al principio de la segunda visitación reprende a su esposa con las palabras: “Recibimos el bien de parte de Dios, ¿y no recibiremos también el mal?” (2:10). También considera el extrañamiento de sus seres queridos como obra de Dios. “Hizo que mis hermanos se alejaran de mí (19:13). Igualmente la deshonra que ha caído sobre él. “El me ha expuesto como refrán a los pueblos” (17:6). En cuanto a las palabras injustas de sus amigos, Dios también ha traído éstas sobre él. “Dios me ha entregado a los perversos; me ha empujado a las manos de los impíos” (16:11).

Y la falsa interpretación del hecho mencionado arriba es la fuente de sus pruebas. Atribuye sus sufrimientos a la ira de Dios. “¿O por qué no perdonas mi rebelión y quitas mi iniquidad?” (7:21). “Diré a Dios: No me condenes” (10:2). “Si me levanto, me cazas como a león, y vuelves a mostrar en mí tus proezas. Traes de nuevo tus testigos contra mí, y aumentas contra mí tu ira con tropas de relevo en mi contra” (10:16-17). “¿Por qué

escondes tu rostro, y me consideras tu enemigo?” (13:24). “¿Cómo quisiera que me escondieses en el Seol, que me encubrieses hasta que se apaciguara tu furor” (14:13). “Hace que su furor se inflame contra mí y me considera como a uno de sus adversarios” (19:11). “Te has vuelto cruel para conmigo; con el poder de tu mano me persigues” (30:21).

La ira de Dios le parece inmisericorde, no listo para perdonar, como algo que tiene por meta su destrucción y le ha rechazado. “Mis ojos no volverán a ver el bien. El ojo del que me ve no me verá más. Tu ojo se fijará en mí, y yo ya no estaré” (7:7,8). “Pues ahora yaceré en el polvo, y si con diligencia me buscas, ya no estaré” (7:21). “Si el azote mata de repente, él se ríe de la desesperación de los inocentes” (9:23). “He aquí, aunque él me mate, en él he de esperar. (13:15 RVA Traducción según el texto consonantal: Seguramente me matará; no tengo esperanza.).

El pensamiento principal del capítulo 14 es una queja de que el hombre, a diferencia de un árbol de las raíces del cual salen nuevos brotes, no puede esperar después de su muerte volver a la vida aquí en la tierra; más bien como las aguas se secan de un mar, un río se desvanece y se seca, así el hombre se acuesta y no vuelve a levantarse; no despertará ni será levantado de su sueño hasta que hayan dejado de existir los cielos (v. 11,12). Gustosamente esperaría si Dios le escondiera por un tiempo en el sepulcro, fijar un tiempo para su ira, y luego acordarse de él otra vez (v. 13,14,15).

Pero - 14:19 - la esperanza del hombre mortal está destruida. “Aunque espere, el Seol será mi casa; tenderé mi cama en las tinieblas. ¿Dónde está, entonces, mi esperanza? Y mi bien, ¿quién lo verá? Descenderán al poder del Seol, pues juntos bajaremos hasta el polvo” (17:13,15,16). Ruega a sus enemigos le tengan piedad, porque la mano de Dios le ha herido, y se queja: “¿Por qué me perseguís, como lo hace Dios? ¿No os satisfacéis con mi carne?” (19:22). “Clamo a ti, y tú no me respondes; me presento, y tú no me atiendes. Te has vuelto cruel para conmigo; con el poder de tu mano me persigues. Me levantas, me haces cabalgar sobre el viento, y luego me deshaces en la tormenta. Porque sé que me conduces a la muerte, a la casa destinada para todos los vivientes” (30:20-23). Ha abandonado la esperanza y está cerca a la desesperación.

Ahora comienza a luchar con Dios, a disputar acerca de la justicia y la injusticia entre sí mismo y Dios. El es justo delante de Dios. No es que se considera sin pecado e irreprochable; al contrario, confiesa que es un pecador y que necesita el perdón (7:20,21). “Ciertamente yo sé que es así. ¿Y cómo se ha de justificar un hombre ante Dios? Si uno quisiera contender con él, no le podría responder una cosa entre mil” (9:2-3). Confiesa especialmente los pecados de su juventud (13:26). “¿Quién puede sacar lo limpio de lo impuro? ¡Nadie!” (14:4).

Se queja de que Dios no le perdona su pecado sino que sigue contándolo contra él (7:21; 10:6,13). Pero niega que con sus pecados o conducta impía haya merecido esta visitación de Dios y toda esta miseria. Sabe que con todo su corazón ha sido piadoso, recto, temeroso de Dios, casto, justo, misericordioso, hospitalario; no avaro, envidioso, malicioso, hipócrita. “Tú sabes que yo no soy culpable” (10:7). “Sé que seré declarado justo (13:18). “¿Cuántas son mis faltas o mis pecados? Hazme entender mi rebelión y mi pecado”

(13:23). “Hazme entender por qué contiendes conmigo” (10:2). “A pesar de no haber violencia en mis manos y de ser pura mi oración” (16:17). “Allí el justo podría argüir con él, y yo me libraría para siempre de mi Juez” (23:7). “Sin embargo, él conoce el camino en que ando; cuando él me haya probado, saldré como oro. Mis pies han seguido fielmente sus huellas; he guardado su camino y no me he apartado. No me he apartado del mandamiento de sus labios; en mi seno he guardado los dichos de su boca” (23:10-12).

El capítulo 27:5,6 especialmente indica su buena conciencia: “¡Lejos esté de mí el daros la razón! Hasta que muera, no renunciaré a mi integridad. Me he aferrado a mi rectitud y no la cederé. No me reprochará mi corazón mientras viva.” En todo el capítulo 31 afirma su inocencia maldiciéndose si fuera revelado como un pecador en algún punto u otro. “Entonces que Dios me pese en la balanza de justicia, y conozca así mi integridad” (31:6).

Ahora, sin embargo, Dios no pone atención en su piedad sino lo trata como un incrédulo y malhechor que recibe conforme a lo que merece. Eso es injusto. “¿Acaso no habrá desgracia para el maligno e infortunio para los que obran iniquidad?” (31:3). Pero, “¿Cuál sería entonces la porción que Dios me daría desde arriba, la heredad que da el Todopoderoso desde lo alto?” (31:2). “Dios... ha quitado mi derecho” (27:2). “Da lo mismo, por lo cual digo: ‘Al íntegro y al impío, él los consume’” (9:22). “Sabed, pues, que Dios me ha agraviado y me ha envuelto en su red” (RVA).

En el capítulo 21 Job sigue con la idea de que prosperan los impíos, que los que se mueren en la plena prosperidad y los que mueren en la amargura del alma son ambos iguales en la muerte, y que aun después de su muerte el impío recibe gran honra (v. 30-33). El capítulo 24, también, describe la manera en que los violentos, los asesinos y los adúlteros gozan de éxito sin que les alcance el juicio de Dios. En general, qué duro, brutal e injusto es que Dios da “luz al que sufre, y vida a los de alma amargada; a los que esperan la muerte, y no llega, aunque la busquen más que a tesoros enterrados” (3:20,21). ¿Por qué permite Dios que nazcan, o por qué no les deja morir en el vientre? (3:3sig., 11sig.).

¡Si tan sólo librara a los miserables con una muerte repentina! (6:9). ¿Qué es la vida del hombre sino lucha o tormento y dolor y vanidad? ¿Qué es el hombre para que Dios se dirigiera contra él y le torture sin tregua? ¿Si he pecado, qué puedo hacer para ti, tú que vigilas a los hombres, es decir, que continuamente le preparas emboscada para que no se aprovechen de ti? ¿Por qué haces de mí — que soy un hombre impotente, vano y miserable — el blanco de tu ira? ¡A ti no te beneficia, y a mí me trae una miseria indecible! (Capítulo 7). ¿No nos ha hecho Dios lo que somos? ¡Primero nos forma en todas maneras, nos da la vida y todo bien — para luego arruinarnos, castigar nuestras transgresiones, cazarnos como un león despertado, plagarnos una y otra vez! Sí, ¿Por qué me has permitido salir del vientre? ¿No habría sido mejor nunca haber nacido o haber muerto inmediatamente? Ese es el sentido del capítulo 10:8sig. ¿Es justo que Dios ponga en el juicio al hombre nacido de mujer, cuyos días son pocos y llenos de tribulación, y se marchita como la flor y huye como una sombra? ¿Se puede sacar lo limpio de lo que es inmundo? Si Dios ha prefijado los límites de la vida para el hombre pecador y la ha limitado a cierta cantidad de meses, ¿no es esto suficiente castigo? ¿No debe Dios al menos durante este tiempo breve apartar sus ojos de él y concederle descanso, ya que no

puede esperar una segunda vida una vez que se aparta (14:1-6sig.)? En vez de esto “Me aplasta con tormenta, y aumenta mis heridas sin causa” (9:17).

Pero lo peor de todo es esto: no se puede obtener ni auxilio ni justicia de Dios. Dios no quita sus ojos de él ni le perdona su iniquidad aunque se lo pida (7:19,21). “Si yo le invocara y él me respondiese, yo no podría creer que escuchara mi voz” (9:16). En vano pide una explicación de por qué Dios lucha contra él (10:2; 13:23). “He aquí, aunque grito: ‘¡Violencia!’, no soy oído; doy voces, y no hay justicia” (19:7). “Clamo a ti, y tú no me respondes; me presento, y tú no me atiendes” (30:20).

La queja de que no puede obtener justicia de Dios corre por todos sus discursos. Dios no solamente es injusto al tratar a los justos del mismo modo como a los impíos, sino a él le parece como un tirano, que no reconoce ninguna norma de justicia para él mismo, que hace lo que le da la gana, cuya voluntad arbitraria es la ley, que simplemente enfrenta al hombre que quisiera contender con él su sabiduría y poder superior.

Al lado de él el hombre frágil es impotente e inútil, abandonado a su voluntad despótica. “El es sabio de corazón y poderoso en fuerza. ¿Quién se ha endurecido contra él y ha quedado ileso?” (9:4). “Cómo, pues, podré responderle? ¿Podré yo escoger mis palabras para con él? Aun siendo justo, no podría responder; más bien, pediría clemencia en mi causa” (9:14,15). “Si se trata de fuerzas, ¡he aquí que es poderoso! Si se trata de juicio, ¿quién le convocará? Si me declaro justo, mi boca me condena; si íntegro, él me declara culpable” (9:19,20). “Aunque me bañe con jabón y limpie mis manos con lejía, aun así me hundirás en el hoyo, y me abominarán mis vestiduras. Porque él no es hombre como yo para que le responda, y para que juntos vengamos a juicio. No hay entre nosotros un árbitro que ponga su mano sobre ambos” (9:30-33). “El justo podría argüir con él, y yo me libraría para siempre de mi Juez. Si voy al oriente, él no está allí; y si voy al occidente, no lo percibo. (23:7,8). “Dios... ha quitado mi derecho” (27:2). “¡Oh, si yo tuviera quién me oyese! He aquí mi firma. ¡Que el Todopoderoso me responda! ¡Que mi adversario escriba un acta contra mí!” (31:35).

Job está consciente de su inocencia; está profundamente consciente de su terrible sufrimiento físico y de su desplome repentino desde la suma felicidad temporal a la miseria y la vergüenza indecibles; se imagina que ha sido ordenado para una terrible destrucción; tiene la idea equivocada de que Dios le está persiguiendo sin causa, aunque es un hombre inocente y temeroso de Dios, que le está atormentando con arbitrariedad, crueldad y sin misericordia, y que le entregará a la destrucción; se siente totalmente impotente frente a Dios.

Y así Job se pone a discutir con Dios, le acusa de injusticia, de crueldad y tiranía y — quiere desesperarse. Se encuentra en él todo lo que lleva a la muerte espiritual. Después de sentarse sin una palabra por siete días en las cenizas, llega a su fin su paciencia, su resignación a la voluntad y los caminos de Dios. La impaciencia, la insatisfacción, la furia, la indignación, como un río que ha sido retenido por la presa, brotan de su corazón y salen de sus labios como una maldición sobre su miserable existencia, como una acusación contra el Dios cruel, que da luz al que está en miseria y vida a los que están amargos en el alma (capítulo 3).

Preferiría ser totalmente destruido que vivir así. “¡Quién hiciera que se cumpliera mi petición, y que Dios me concediese mi anhelo; que Dios se dignara aplastarme; que soltara su mano y acabara conmigo!” (6:8,9). “Y así mi alma prefiere la asfixia y la muerte, antes que estos mis huesos. ¡Me deshago! No he de vivir para siempre. ¡Déjame, pues mis días son vanidad!” (7:15,16). “Mi alma está hastiada de mi vida” (10:1). “Por qué, pues, me sacaste de la matriz? Hubiera yo expirado, y ningún ojo me habría visto. ¿Acaso no son pocos los días de mi existencia? (10:18,20).

Pero estos brotes salvajes de ira furiosa a su vez son seguidos por una lamentación suave, tierna, sobre su propia suerte lamentable y sobre la de todos los que están en una miseria similar. Un ejemplo de esto es el comienzo del capítulo 7: “¿Acaso no es una milicia lo que tiene el hombre en la tierra? ¿No son sus días como los días de un asalariado? Como el esclavo que anhela la sombra, o como el asalariado que espera su paga, así he tenido que heredar meses de futilidad, y me han sido asignadas noches de sufrimiento. (7:1-3).

Tenemos lo mismo en el capítulo 14: “El hombre, nacido de mujer, es corto de días y lleno de tensiones. (14:1), etc. Aun cuando pone en contraste su anterior gloria con su miseria actual (capítulos 29 y 30), su corazón está afinado con los dolores tiernos de modo que se rompe en llorar (30:31). Pero cuando recuerda lo impotente que es y carente de todo derecho legal frente al Todopoderoso, que hace lo que le place, entonces “me turbo en su presencia; lo considero, y tengo miedo de él” (23:15). “Porque he temido el castigo de Dios, contra cuya majestad yo no podría actuar” (31:23). “Aun cuando recuerdo, me espanto; y el estremecimiento se apodera de mi carne” (21:6).

Su falta de fuerza, su aflicción, se enfermedad incurable, interminable, su muerte segura le obligan a decir: “Hablaré en la angustia de mi espíritu; me quejaré en la amargura de mi alma” (7:11). Esta angustia luego otra vez se anega en la desesperación absoluta al pensar en el Dios absoluto, que ha hecho esto con él, que no escucha el clamor y que rehusa involucrarse en la disputación (cap. 9 y 30:12sig.). Seguramente él me matará, no tengo esperanza. Ciertamente defenderé ante su presencia mis caminos. (13:15, pasado en el texto hebreo). “He aquí, aunque grito: ‘¡Violencia!’, no soy oído.... Por todos lados me despedaza, y me marchó; ha arrancado mi esperanza como a un árbol” (19:7.10).

Pero su desesperación llega a mayor profundidad en dos pasajes: 16:18 y 19:23,24. En el primer pasaje Job clama: “¡Oh tierra, no encubras mi sangre! ¡Que no haya lugar para mi clamor!” (16:18). Se dirige a la tierra para ayuda contra Dios. Este ha vuelto contra el clamor de Job oídos sordos. La tierra, sin embargo, recibirá su sangre inocente cuando Dios lo mata a él, un hombre inocente. Pero así como en una ocasión la tierra, obligada a recibir la sangre del inocente Abel, no la cubrió sino la expuso a la vista del cielo de modo que brilló como un fuego encendido en el ojo que todo lo ve del Dios justo, clamando por venganza contra el asesino, de manera similar la tierra sin cesar debe exhibir delante de Dios la sangre de Job como sangre inocente derramada. ¡Debe traer una acusación contra Dios mismo y exigir que pague a Job por aquellas cosas en que — la pluma apenas puede escribir esto — ha pecado contra él!

“¡Que no haya lugar para mi clamor!” Es decir, que no sea absorbido por la tierra de modo que deje de ser oído, sino así como un eco de la peñas rocosas, que resuena hasta el cielo desde todas partes, retumbando siempre en los oídos de Dios, no dejándole ningún descanso hasta que haya tratado justamente a Job. Se encuentra el mismo pensamiento en 19:23,24: “Oh, que mis palabras fuesen escritas! ¡Oh, que fuesen grabadas en un libro! ¡Que con cincel de hierro y de plomo fuesen cinceladas en la roca para siempre!” — con este mismo propósito de que constantemente y sin cesar clamen a Dios para que reivindique a Job, quien, aunque era inocente, había salido de esta vida bajo la acusación de ser un impío.

Vemos que Job con este estado de mente anda en el borde de la ruina. Melancolía, tristeza: temor, alarma, terror, ansiedad; impaciencia, descontento, frustración, enojo; desesperanza, la negra desesperación y la distracción han atormentado su alma, la han sacudido por aquí y allá — un pequeño paso y se hunde en el abismo de la desesperación, del frío renunciar a Dios.

Sin embargo, Job no toma este último paso fatal. Ha pecado grandemente en su aflicción; tanto la mente y el corazón se han desviado mucho. Las palabras de reprensión de Dios demuestran esto: “¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?” (38:2). “¿Desistirá el que contiene con el Todopoderoso? El que argumenta con Dios, que responda a esto” (40:2). “¿Acaso invalidarás mi juicio? ¿Me condenarás a mí para justificarte tú?” (40:8). Pero ni por un momento ha negado Job totalmente su fe; nunca ha perdido el ánimo tanto que se desesperó; no ha maldito a Dios en ninguna ocasión, como le había aconsejado su esposa. Al contrario, hasta el fin se ha aferrado a Dios como a su Dios, aunque fue con un corazón débil.

¿Cuál fue su pecado? En su primer brote potente de enojo, maldiciendo su nacimiento, execrando su existencia, lamentando la miseria de los que viven como algo injusto, reprocha la justicia de Dios, juzga a Dios, lo condena. Por otro lado, se declara inocente a sí mismo, junto con toda la humanidad, que está tan impotente frente a Dios.

Este juicio se basa en los siguientes razonamientos: el hombre no ha producido su propia existencia, sino Dios lo ha creado; así el hombre tiene derecho a tener la felicidad, una existencia tolerable de mano de su Creador. El mismo argumento penetra todos los demás discursos de Job: ¡pobre hombre — cruel Dios! En su segundo discurso (cap. 6 y 7) también, al comenzar, se justifica ante Elifaz su primera exclamación apasionada indicando que su enojo no comienza a corresponder a lo enorme de su sufrimiento, que lo extremo de su sufrimiento ha motivado su queja, porque el hombre que no sufre no se queja más que el animal silvestre que tiene pasto.

Su fuerza no es la fuerza de las piedras y su carne no está hecha de bronce; ha llegado a los límites de su fuerza y no halla ayuda. Para uno que sufre tanto es mejor estar muerto que vivo, porque al menos puede salir de este mundo con el conocimiento consolador, feliz de no haber negado la palabra de Dios.

¿No es lo suficientemente miserable la vida del hombre transitorio? (cap. 7). ¿Por qué debe Dios hacerle objeto de la miseria y la meta de sus flechas? Si el hombre es un pecador —

¿cómo le hace daño eso a Dios? No debe Dios más bien perdonar sus pecados que castigarlo así? Vemos que eso es un variante en el tema: ¡pobre hombre — cruel Dios!

El tercer discurso (cap. 9 - 10) es como los otros, solamente habla con más claridad, definición y franqueza y agrega los pensamientos de que no hay esperanza de prevalecer delante de Dios con el justo reclamo de uno. Ciertamente, el pobre hombre no puede entrar en litigio con el Dios todopoderoso y omnisciente. “El es sabio de corazón y poderoso en fuerza. ¿Quién se ha endurecido contra él y ha quedado ileso?” (9:4). No prevalece ningún reclamo legal, ninguna inocencia delante de Dios, porque no permite que permanezca mi inocencia sino me sepulta en el lodo. No acepta testigos, y no hay árbitro entre él y yo. Mata a los piadosos al igual como a los impíos. Me persigue como un león despertado, aunque sabe que no soy impío.

El pensamiento del tercer discurso es igual: ¿Quién no sabe que todo está en las manos de Dios? Que con él hay sabiduría y fortaleza y consejo y entendimiento, que edificar es en vano si él quebranta (cap. 12). Sin embargo, quisiera saber qué es lo que le da el derecho de tratar conmigo conforme a su poder superior, por qué persigue una hoja volante y una caña seca. Si solamente tratara conmigo en términos de igualdad y me permitiera la oportunidad de presentar mi causa delante de él. Probaría que soy un hombre justo. Pero “Pues si ahora yo callara, expiraría.” (Job 13).

El hombre es vano, atribulado, nacido en pecado. ¿Por qué todavía le mete Dios en juicio? ¿No es la brevedad de la vida con su final en la muerte de la cual no hay regreso suficiente castigo para el hombre? Aparte de eso, ¿no debe dejar Dios al hombre en paz? (cap. 14). Este es el tema también en todos los discursos que siguen: ¡pobre, inocente hombre — Dios duro de corazón y cruel! La única diferencia es que desde varios ángulos subraya su inocencia y piedad con más énfasis, especifica en detalle la injusticia que le está haciendo Dios, y dirige sobre ella una clara luz.

Centra su disputación en este pensamiento doble: Soy inocente, justo, piadoso; Dios es injusto, duro, cruel. ¡Ese es el pecado de Job! Así se nos retrata consistentemente en el libro de Job. Totalmente aparte del juicio de los tres amigos (su juicio parece fundado en este punto, pero Dios señala como errónea su aplicación, 42:7), aparte también del juicio de Eliú (lo demás del libro nada más lo pasa en silencio aunque no dice nada que sea falso), el Señor mismo en los pasajes ya citados (38:1; 39:2; 40:3) y a través de toda su presentación señala como el pecado de Job esto, que él, un necio vano, se atreve a culpar y condenar al Omnisciente y Omnipotente para que él pueda presentarse como justo.

Pero, ¿no es este altercar con Dios un pecado que eo ipso borra la fe? (Recuerda que consiste en acusar a Dios de la injusticia, la severidad y la crueldad mientras se considera a uno mismo como inocente.) ¿No es la fe esencialmente la confianza en Dios como supremo en la gracia y la bondad, como uno que no solamente no trata injustamente — es decir, de una manera severa y punitiva — sino que se dispensa de afirmar su justicia contra nosotros, que no trata con nosotros conforme a nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestra iniquidad, que se demuestra como misericordioso, bondadoso, lento para la ira, y de gran misericordia y fidelidad, mostrando misericordia a millares, y perdonando, — en Jesucristo — la iniquidad y la transgresión y el pecado? ¿No niega este altercar con Dios el

mismo objeto y el contenido de la fe: la gracia que perdona los pecados? ¿No convierte más bien a Dios en uno que en realidad es airado, hostil, de hecho injusto y cruel? ¿Puede la fe existir en la forma de confianza y esperanza mientras en esencia mantiene un espíritu contencioso, arrogantemente culpando y acusando a Dios?

Contestamos: Aunque no podamos explicar esto psicológicamente, permanece el hecho de que Job en medio de su argumentación no perdió su fe ni por un momento, nunca echó completamente a un lado su confianza. Lo cierto de esto es evidente ya de antemano por el hecho de que Dios confiadamente expone a Job al poder de Satanás como prueba de una afirmación sin expresar de que la piedad de Job es genuina y soportará todo lo que Satanás le pueda hacer. Pero esto también se hace evidente de la misma conducta de Job mientras discute con Dios.

Los discursos erróneos de Job acerca de Dios no proceden de un corazón malicioso, sino de su sufrimiento. Sus dolores y falsos pensamientos, que se originan en su mente natural, expulsan de él estas palabras. En el capítulo 6:2,3 dice: “¡Oh, si pudieran pesar mi angustia, y pusiesen igualmente mi ruina en la balanza! Ciertamente ahora pesarían más que la arena de los mares. Por eso mis palabras han sido apresuradas” (6:2,3). Así concede que está hablando erróneamente, pero luego explica que esto es tan natural para él como para los animales clamar en su hambre, porque las flechas del Todopoderoso le han herido, los terrores de Dios están dirigidas contra él, y no está hecho de piedra y hierro y no encuentra auxilio en ninguna parte.

Así su queja contenciosa es el resultado de simple debilidad, no la malicia fría, maligna. En el capítulo 7 se dirige directamente a Dios: “Acuérdate de que mi vida es un soplo; mis ojos no volverán a ver el bien” (7:7). Sigue dirigiéndose a Dios con el pronombre “tú.” “¿Acaso soy yo el mar o el monstruo marino, para que me pongas bajo guardia? ¿Hasta cuándo no dejarás de observarme, ni me soltarás para que siquiera trague mi saliva? Si he pecado, ¿qué daño te hago a ti, oh Vigilante de los hombres? ¿Por qué me pones como tu blanco, y que yo sea una carga para mí mismo? ¿O por qué no perdonas mi rebelión y quitas mi iniquidad?” (7:12,19,20,21).

Esa ésa su oración — necia en contenido, pero hablada en fe; ningún incrédulo, ningún apóstata ora así. El familiar “tú” se usa una y otra vez, corre a través de todos los discursos hasta el capítulo 17. En el capítulo 19 se reemplaza con la bien conocida confesión de fe en el Redentor vivo, y desaparece por un tiempo, solamente para volver a aparecer en su último discurso (cap. 30) con gran intensidad.

Sacado de su contexto, es insolente cuando dice en el capítulo 9: “Da lo mismo, por lo cual digo: ‘Al íntegro y al impío, él los consume. Si el azote mata de repente, él se ríe de la desesperación de los inocentes.’” (9:22,23), pero se ve muy diferente cuando se considera el contexto.

Desde 9:27 en adelante y a través de todo el capítulo 10 oyes un corazón derretido, tierno, el alma que lamenta, el corazón creyente del niño que clama por ayuda a su Dios. “Mi alma está hastiada de mi vida. Daré rienda suelta a mi queja; hablaré en la amargura de mi alma. Diré a Dios: No me condenes; hazme entender por qué contiendes conmigo. ¿Te

parece bueno oprimir y desechar la obra de tus manos, mientras resplandeces sobre el consejo de los impíos? ¿Acaso tus ojos son humanos? ¿Acaso ves como ve un hombre? ¿Son tus días como los días de un hombre; o tus años, como los días de un mortal, para que indagues mi iniquidad e inquietas por mi pecado? Tú sabes que yo no soy culpable, y que no hay quien libre de tu mano. (10:1-7).

Inmediatamente después sigue esta gloriosa confesión acerca de las obras de Dios y sus hechos bondadosos: “Tus manos me formaron y me hicieron, ¿y después, cambiando, me destruyes? Acuérdate, por favor, de que tú me formaste como al barro, y que me harás volver al polvo... Vida y misericordia me concediste, y tu cuidado guardó mi espíritu. (10:8,9,12). En palabras de esta clase todo pensamiento pecaminoso ya se ha tragado con fuerte alabanza del Dios cuyo decreto de sufrimiento siente tan agudamente pero no entiende.

En los capítulos que siguen (12, 13, 14, 16, 17, 19, 21) habla con un tono más agudo, más amargo, más duro, cosa que resulta de la condenación inmisericorde de sus amigos, que con vehemencia en aumento le han acusado de pecados secretos y la impiedad; pero ellos, por otro lado, también le impulsan a buscar su refugio en Dios.

Tenemos una expresión verdaderamente sorprendente de la fe de Job en 16:18-22. Después de primeramente echar en el mundo su clamor de desesperación: “¡Oh tierra, no encubras mi sangre! ¡Que no haya lugar para mi clamor!” (16:18), llama directamente a Dios por testigo de que es inocente y como un árbitro entre Dios y él mismo y sus amigos: “He aquí que también ahora mi testigo está en los cielos; en las alturas está mi defensor. Mis amigos me escarnecen; mis ojos derraman lágrimas ante Dios. ¡Oh, si alguien llevara la causa de un hombre ante Dios como entre el hombre y su prójimo! Porque los pocos años se van, y yo iré por el camino sin retorno. (16:19-22).

Esta es una apelación que se torna del Dios que así lo atormenta y se dirige al Dios que conoce su inocencia y por virtud de su justicia la traerá a la luz. Se queja a Dios de la burla de sus amigos y ruega con lágrimas que, después de justificarlo ante él mismo, efectivamente causara que lo hiciera delante de sus amigos crueles antes de ser demasiado tarde.

¡Qué mezcla tan incomprensible entre la fe y la incredulidad, la desesperación y la confianza! Si esto es el caso con el hombre natural: “Engañoso es el corazón, más que todas las cosas, y sin remedio. ¿Quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9), entonces el corazón del cristiano, en que están en continua lucha el hombre nuevo y el hombre viejo, es tanto más un misterio incapaz de resolverse. La psicología del que soporta la tentación, además, siempre permanecerá un misterio profundo para nosotros. “Yo, Jehovah, escudriño el corazón y examino la conciencia.”

Con igual claridad la fe de Job penetra la noche de la desesperación en las palabras que siguen inmediatamente en el capítulo 17:3: “Mi espíritu está atribulado; mis días se extinguen. El sepulcro está preparado para mí. No hay conmigo sino burladores, y mis ojos contemplan su hostilidad. Por favor, deposita contigo una fianza para mí. ¿Quién me

estrechará la mano?” (17:1-3). Esta es la victoria de la fe, que vence el mundo entero de sufrimiento.

¡Y luego sigue la bien conocida confesión de fe en el capítulo 19:25-27! La precede la queja del corazón destrozado, de que Dios le hace una injusticia, le persigue sin misericordia, que lo ha destruido en cada lado, que ha desenraizado su esperanza como un árbol y convertido a sus amigos en enemigos. El resultado es que vuelve a sus amigos humanos buscando compasión frente a Dios, que no le da ninguna audiencia.

Luego, ya que espera tan poca misericordia de los hombres como de Dios, porque ellos también le persiguen y no llegan a satisfacerse con su carne, vuelve a la criatura sin vida, a la pluma de hierro y plomo para inscribir de manera indeleble su queja en las peñas para que la proclamen a cielo y tierra.

Inmediatamente después de esto, en el mismo suspiro con este grito de desesperación, entre lágrimas su fe prorrumpen en exaltación triunfante, victorioso: “Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al final se levantará sobre el polvo. Y después que hayan deshecho esta mi piel, ¡en mi carne he de ver a Dios, a quien yo mismo he de ver! Lo verán mis ojos, y no los de otro. Mi corazón se consume dentro de mí” (19:25-27). (Pieper explica: aunque mi corazón se consuma con anhelo por esta redención.)

Y Job guardó la fe hasta el fin. Es cierto, en los discursos que siguen, su confianza otra vez retrocede algo tras la depresión y la amargura. Deja el “tú” de intimidad; se hace más frío, más objetivo e insolente, habla de Dios solamente en la tercera persona. Pero ahora, en su lugar, toman su lugar al lado de sus quejas del gobierno arbitrario de Dios gloriosas alabanzas del poder y la sabiduría de Dios.

El consejo de los impíos se debe mantener alejado de él (21:16). “¿En qué has ayudado al que no tiene poder,” contesta a Bildad, “o librado al brazo que no tiene fuerza? ¿Qué has aconsejado al que no tiene sabiduría? ¿Qué sano conocimiento has enseñado en plenitud? ¿Con la ayuda de quién has pronunciado palabras, y de quién es el espíritu que habla en ti?” (26:2,3,4).

Y luego alaba las obras de Dios. “El Seol está desnudo delante de Dios,... El suspende la tierra sobre la nada. Las columnas de los cielos se estremecen y están atónitas ante su repreensión. He aquí, éstos son tan sólo los bordes de sus caminos... Pero el trueno de su poderío, ¿quién lo podrá comprender?” (26:6,7,11,14). En el capítulo 28 desarrolla el pensamiento: Los hombres en otros respectos son lo suficientemente inteligentes y capaces, pero no han descubierto la verdadera sabiduría. Sólo Dios la revela, y consiste en el temor del Señor. “Ciertamente el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal es el entendimiento” (28:28).

Y al final vuelve otra vez el “tú” sencillo, aunque habla todavía con queja, como el Salvador en el Salmo 22:2: “Dios mío, clamo de día, y no respondes; clamo de noche, y no hay sosiego para mí,” etc. (30:20); sin embargo esto no se habla sin confianza y con la excusa agregada en el versículo 24: “Sin embargo, ¿no extenderá su mano el que está en la ruina? ¿No clamará a él en su infortunio?”

En medio de todos sus sufrimientos, de todas sus tentaciones y pensamientos erróneos acerca de Dios, en medio de todo el rugir insistente de su corazón y la boca, en medio de toda la desesperación, persevera la fe de Job hasta el fin. Dios prevaleció en su posición frente a Satanás, que dudó de la piedad de Job. Se probó piadoso en la tentación. Dios lo reconoció como tal cuando se reveló a él, aunque le reprochó fuertemente su necedad y orgullo. Al final Dios lo confirma como tal llamándolo “mi siervo Job” (42:7) y con la renovación de su bendición.

Ahora consideremos cómo fue tratado Job por sus tres amigos, por Elihú, y finalmente por Dios.

Los tres amigos de Job llegaron para llorar con Job y para consolarlo. Cuando se dan cuenta de su miseria, lloran y hacen todas las acciones que corresponden al dolor. Siete días y siete noches se sientan con él en la tierra y no le hablan palabra; porque ven que su dolor es sumamente grande (2:11sig). ¿Es esto simpatía sincera por un amigo que sufre miseria indecible? Esto seguramente tendría que demostrarse especialmente en sus palabras de “consuelo.” Pero Elifaz habla tres veces, Bildad tres veces, Zofar dos veces (afortunadamente la tercera vez su sabiduría había llegado a su fin), ¡y en los ocho discursos no se encuentra ni una palabra, ni una sílaba de compasión, de amor solidario! La palabra del Señor, “Porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34), puede ser expresado al revés. En donde no habla la boca, el corazón está vacío.

Si hubiera habido hasta una chispa de simpatía genuina en ellos, de alguna forma y en alguna ocasión sus lenguas lo habrían revelado. En vista de esta falta, sus expresiones convencionales de simpatía no significan mucho. Y sus siete días de silencio porque han visto lo grande de su angustia tampoco son una expresión de simpatía; más bien Job les dice por qué guardan silencio. “Ciertamente, ahora habéis llegado a ser así; habéis visto el horror y tenéis miedo.” (6:21)

De los ocho discursos, el primero por Elifaz es el mejor. Dice mucho que es verdadero, por ejemplo, “Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más puro que su Hacedor?” (4:17). “Pero el hombre nace para el sufrimiento, así como las chispas vuelan hacia arriba” (5:7). De una manera sumamente glorioso alaba los actos maravillosos del poder de Dios, su sabiduría, bondad y justicia (5:9-16) y agrega la advertencia valiosa: “¡He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios disciplina! No menosprecies la corrección del Todopoderoso,” etc. (5:17sig.). Pero todo esto se hace ineficaz y no llega al blanco porque desde el principio ha adoptado una actitud falta de amor, crítica, condenatoria. “No te ofendas,” sugiere en el capítulo 4, “pero no puedo evitarlo; tengo que hablar contigo. Siempre sabías consolar tan bien a otros en su infortunio, pero ahora que te pega a ti, te fallan la paciencia y la compostura.” Así comienza Elifaz su discurso con un ataque indirecto. Desde el principio pone bajo sospecha lo genuino de la piedad de Job.

Las palabras que siguen en el versículo 6 suenan aun más duras en la traducción de Lutero, pero no en el original: “¿Acaso tu confianza no es tu devoción; y la integridad de tus caminos, tu esperanza?” (4:6). Estas palabras están en contraste con lo que sigue. “Recuerda, por favor, ¿quién ha perecido por ser inocente? ¿Dónde han sido destruidos los rectos?” (4:7). Quiere decir: Si tu piedad fuera genuina, no tendrías que temer perecer. Porque — esto lo desarrolla en lo que sigue — siempre ha sido el caso que solamente los impíos encuentran castigo consumidor.

Lo que dice es al mismo tiempo despiadado, malicioso y erróneo. Cuestiona la piedad de Job y quiere hacer el consuelo depender de la buena conciencia de Job y el resultado favorable de su sufrimiento. Y no es cierto que Dios solamente echa mano a los impíos. La Escritura dice también de los que temen a Dios: “El justo perece, y no hay quien lo tome a pecho. Los piadosos son eliminados, y nadie entiende que es a causa de la calamidad que el justo es eliminado” (Isaías 57:1). Es igualmente falso, despiadado y arrogante cuando Elifaz, después de hablar correctamente de lo pecador de todos los hombres, compara el primer gran brote de enojo de Job con la pasión del hombre sin entendimiento y la ira del necio.

¿Sorprende que Job no aprecia estas amonestaciones trilladas con sus promesas, ya que están mojadas con tanto veneno o amargura? En su gran aflicción siente solamente lo último. Se queja (6:14 Elifaz), “Un desesperado debe contar con la lealtad de su amigo, aunque abandone el temor del Todopoderoso. [Pieper traduce: aun a aquel que abandona el temor del Todopoderoso.] “Pero mis hermanos me han decepcionado como un torrente; han pasado como la corriente de los arroyos, que son turbios por causa del deshielo, y en ellos desaparece la nieve. En el tiempo del calor son silenciados, y al calentarse desaparecen de su lugar” (6:15-17). Ya que tratan de manera tan engañosa con él, no quiere escuchar su “consuelo.” “¿Cuán fuertes son las palabras de rectitud! Pero vosotros, ¿qué es lo que pretendéis reprender? ¿Pensáis reprender las palabras y los dichos de un desesperado, como si fueran viento? Vosotros seríais capaces de rifar a un huérfano y de especular sobre vuestro amigo” (6:25-27).

Hasta ahora Elifaz ha hablado, y lo que él dice es lo mejor de todo lo que él y sus amigos tienen para decir. Al final agregó unas palabras bonitas de amonestación, sin embargo todo su discurso es solamente amargura para el desesperado Job, porque no se le acercaron con la compasión que todavía es debida para con el que está deprimido, aun a aquel que se desespera de Dios. Pero ahora con juicio despiadado y refutando las palabras que él ha hablado en su depresión, presumen ser sus jueces. Porque se han hecho infieles con él como un riachuelo montañés que, secado por el calor del sol, engaña las esperanzas del sediento viajero.

No tenemos que preocuparnos extensivamente con los discursos que siguen de los tres amigos. Dicen todavía más que Elifaz en su primer efusión, también en cuanto a su substancia, pero todo va por un rumbo equivocado. Solamente empeoran las cosas, se hacen más duros, más rudos, más injustos.

Bildad reprocha la vehemencia de Job, atribuye la calamidad de sus hijos a su pecado, y le consuela diciendo que el Dios justo, que no trata injustamente a nadie, seguramente le salvará si es inocente (cap. 8). Zofar lo llama un hablador y le dice en su cara que Dios todavía ni ha comenzado a castigarlo como merece. Si tan sólo se arrepintiera en verdad de su maldad, entonces Dios otra vez lo abrazaría; pero si no, es solamente justo que él perezca como los impíos (cap. 11).

Cuando Elifaz habla por segunda vez, utiliza solamente la invectiva ruda y busca intimidar a Job con el juicio que Dios envía sobre los malos. Bildad reprocha a Job: “¡Oh, el que despedaza su alma con su furor!” (18:4), y sin más le cuenta entre los malos, cuya luz será apagada. Zofar toma por dado que Job es un malvado, de modo que su única preocupación es proclamarle que, como bien se sabe, el triunfo de los malos es breve, y el gozo del hipócrita es solamente momentáneo, que Dios le está visitando a él y a sus hijos con un castigo terrible por su opresión de los pobres, su pecado secreto.

Cuando hablan por tercera vez, Elifaz le acusa con todo un catálogo de pecados secretos y le amonesta a arrepentirse (cap. 22); y Bildad, airado y asustado por el fariseísmo de Job, repite: “Cómo puede el hombre ser justo ante Dios? ¿Cómo será limpio el que nace de mujer?” (cap. 25:4). Zofar se ha desesperado de este pecador endurecido y — se da por vencido.

Con tristeza Job repetidamente expresa sus sentimientos frente a este juicio injusto. “Soy alguien que para su amigo es motivo de risa, uno que clamó a Dios, y se le respondió, un justo e íntegro que es motivo de risa” (12:4). “En cuanto a vosotros, lo recubriste todo con mentira; todos vosotros sois médicos inútiles.” (13:4). “He oído muchas cosas como éstas; consoladores gravosos sois todos vosotros” (16:2). “Contra mí han abierto su boca; con afrenta han golpeado mis mejillas. A una se han juntado contra mí. Dios me ha entregado a los perversos; me ha empujado a las manos de los impíos” (16:10,11). “Mis amigos me escarnecen” (16:20). “No hay conmigo sino burladores, y mis ojos contemplan su hostilidad” (17:2). “¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma y me trituraréis con palabras? Ya me habéis injuriado diez veces. ¿No os avergonzáis de haberme atacado?” (19:2,3) “¿Compadeceos vosotros de mí! ¿Compadeceos de mí, oh amigos míos! Porque la mano de Dios me ha tocado. ¿Por qué me perseguís, como lo hace Dios? ¿No os satisfacéis con mi carne?” (19:21,22). “Si decís: ‘¿Cómo lo acosaremos?’, y ‘La raíz del asunto se halla en él’” (19:28). “He aquí, yo conozco vuestros pensamientos y las intrigas que hacéis contra mí” (21:27). “¿Cómo, pues, me consoláis con palabras huecas? De vuestras respuestas sólo queda el engaño” (21:34).

De todas estas quejas de Job acerca de sus amigos percibimos dos cosas: no le tienen ninguna simpatía; injustamente le han condenado como un hombre impío. Por esa razón pueden decir lo que quieran y consolar y amonestarle en cualquier forma que quieran, se han vuelto de ser sus amigos en enemigos, y con todo lo que dijeron solamente aumentaron su sufrimiento — y su pecado.

Y ahora Elihú — ¿cuál es su papel? ¿Cuál es su significado en el libro de Job? Sigamos el progreso del pensamiento de Elihú y tratemos de analizar su línea de argumento. Por un lado, está airado contra Job porque Job acusa a Dios de injusticia y crueldad; por otro lado

está airado contra los tres amigos porque injustamente condenan a Job sin refutar correctamente sus palabras perversas (cap. 32). Tiene la intención de hacer lo que ellos no han podido hacer; quiere reivindicar a Dios contra las acusaciones de Job sin condenarlo indebidamente a él. Intenta señalar la justicia y el amor de Dios y demostrar que los discursos de Job contra la justicia y el amor de Dios no fueron más que blasfemias necias (33:8-13). Dios es justo: no trata injustamente a nadie — éste es el único punto que quiere probar. Dios es bueno: Dios es amor, aun cuando trata duramente — éste es su segundo punto.

Comienza con lo último. Dios frecuentemente envía a los hombres sueños y visiones aterradores. ¿Con cuál propósito? Con esto quiere impedirles realizar sus designios impíos, preservarles de orgullo y de toda obra destructiva del alma. Pero los hombres frecuentemente no prestan atención a tales sueños y visiones (33:14). Si no lo hacen, les azota con terrible enfermedad y gran dolor, hasta el punto de la muerte, todo con el mismo propósito. Sí, Dios hasta puede enviar al que sufre un mensajero para explicarle el significado de su sufrimiento. El mensajero luego tiene que proclamarle la misericordia de Dios para que pueda retener el deseo de vivir y no encontrar placer en la muerte. Esto es para impulsar al que sufre a orar por la liberación; y si lo hace, Dios lo levanta otra vez para ver con gozo sus caminos asombrosos y a la vez maravillosos. Así Dios trata repetidamente con el hombre para preservarlo de la destrucción y conducirlo a una mayor felicidad. Este es el sentido del primer discurso de Elihú (cap. 33).

En su segundo discurso (cap. 34) Elihú trata de su primer punto acerca de la justicia de Dios. Desarrolla el pensamiento: cuando Dios acusa a Dios de la injusticia, está hablando de una manera malvada e impía. Dios no trata injustamente a nadie, sino paga a cada uno conforme a sus obras. Creó la tierra de su propio libre albedrío. Si quisiera actuar egoístamente la podría destruir en un instante. El hecho de que no lo hace es una prueba de su falta de egoísmo — y de su justicia. Ningún reino puede perdurar mucho tiempo sin la justicia; por lo tanto nadie puede acusar aun a un gobernante terrenal de faltarle completamente todos los principios morales. Cuánto menos al Rey de reyes, que no muestra ninguna preferencia a los poderosos sobre los humildes, porque los dos son obra de sus manos.

Al contrario, ya que observa el camino de cada hombre y tiene poder absoluto sobre todos, repentinamente derroca aun a príncipes que son impíos, y naciones enteras, mientras oye favorablemente el clamor del oprimido. Y su juicio permanece inmutable porque ninguno de los que estaban bajo juicio cedió para arrepentirse. Si conoces un gobierno mejor que el de Dios, dilo. Pero todo hombre sabio se unirá conmigo en decir que Job habla sin conocimiento. Mientras esto queda así, está agregando la rebelión a su pecado y bien puede seguir siendo castigado por Dios sin interrupción.

Elihú prueba la justicia de Dios de una manera un poco diferente en el tercer discurso (cap. 35). ¿Cómo te atreverás a acusar a Dios de la injusticia porque no galardona a los temerosos de Dios ni castiga a los malos de la forma que tú piensas que debe hacerlo? Dios es demasiado exaltado para ser influido por las obras piadosas o malignas de los hombres en la misma forma como los hombres. Lo apropiado para el hombre es ofrecer humildes oraciones a Dios. El nos enseña esto con el ejemplo de los animales y los pájaros, que

claman a él (compare el Salmo 147:9: “las crías de los cuervos, cuando gritan” y son alimentados por él.) Es cierto que hay bastante queja y clamor entre los hombres, pero con demasiada frecuencia es solamente un llorar vano y necio, ni un suspirar humildemente, de modo que no recibe respuesta. Pero todo el que vuelve a Dios en verdadera humildad y puede esperar su buen tiempo aprenderá que Dios ejerce juicio justo. Por lo tanto, Job habla sin entendimiento.

En el cuarto discurso (cap. 36, 37) Elihú alcanza la cumbre de sus argumentos. Dirige sus ataques especialmente contra la queja de Job de que Dios en el uso de su omnipotencia es despiadado y cruel hacia los miserables. Elihú demuestra lo opuesto. Dios es amor, también cuando azota duramente con su omnipotencia y parece ser terrible.

El discurso de Elihú tiene dos partes: 36:1-21 y 36:22 - 37:24. En la primera parte su argumento se desarrolla así: A pesar de todo su poder, Dios no desprecia lo humilde. No ayuda a los impíos, pero “a los afligidos concede justicia” y les pone al lado de reyes. Sin embargo, cuando visita a los justos con la aflicción, quiere recordarles sus pecados, humillarlos y preservarles de hacer el mal. Todo el que acepta esta humillación otra vez encuentra el gozo; todo el que no presta atención va neciamente a su ruina. Porque cuando su corazón está lleno de rencor contra Dios, no puede orar y parece miserablemente, mientras que a la persona que es humilde y paciente, Dios le concede un corazón entendido. De la misma manera, Dios quiere dar gozo a Job mediante estas aflicciones. Pero si él insolentemente se establece como el juez de Dios, los juicios de Dios le alcanzarán. No debe permitirse ser arrastrado por el enojo y la blasfemia por la magnitud de su sufrimiento. El rugir no le librará de su miseria. ¡No convoques la noche del juicio divino, que acorta naciones enteras! ¡Ten cuidado de esta necedad, la cual naturalmente te es más agradable que el sufrimiento!

Segunda parte: ¡Cuán sublimes son el poder y la sabiduría de Dios! Nadie se atreve a censurarle; todo el que es sabio tiene que alabarlo. Porque nosotros lo conocemos como algo lejano; su sabiduría es tan insondable como sus años. Qué terribles parecen el poder y la majestad de Dios en el trueno — el corazón tiembla en su presencia — en la nieve, el granizo, la tormenta y el frío del invierno — ante ellos toda criatura se mete a su escondite. Pero así como esto es un azote por un lado, al mismo tiempo es también una fuente de bendición. Considera estas maravillas, Job: ¿Puedes tú que eres impotente ayudarle con alguna de estas cosas? ¿Podemos nosotros que somos ignorantes presumir dar consejos a él? Detrás de las nubes está escondida la clara luz del sol y sale cuando Dios aclara los cielos. Desde el norte inhóspito se nos viene el puro esplendor dorado. Así también Dios en su majestad nos aterra, y no podemos comprender los caminos de su omnipotencia. Pero no pervierte la justicia ni quita nada de su plenitud. Por tanto, todos deben temerlo, mientras él no tiene que temer a nadie, no importa cuan sabio sea.

Estos son los pensamientos de Elihú en su desarrollo lógico. Demos un breve resumen. Primer discurso: Dios es bueno, también cuando envía grandes aflicciones a los que le temen. “ Pero siendo juzgados, somos disciplinados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo” (1 Cor. 11:32; Heb. 12:10sig.).

Segundo discurso: Dios es justo, porque él es el todopoderoso Creador y el libre Señor sobre todas las cosas, y en su gobierno del mundo siempre ha derrocado a los impíos y oído el clamor de los miserables.

Tercer discurso: Dios de hecho no ejerce la justicia de acuerdo con nuestro pensamiento. Pero esto no quiere decir que nosotros, que no somos nada, tenemos derecho a censurarlo, a aquél que es exaltado sobre todo; más bien tenemos el único deber de volver a su gracia con súplicas humildes.

Cuarto discurso: Al afligir a los que le temen, Dios solamente tiene buenas intenciones. Su intención es humillarlo y luego conducirlo a una felicidad aun mayor. También en la revelación de su majestad, cosa que nos parece terrible, se esconde su bondad para bendecir. Por tanto todas las criaturas deben adorarlo.

En estos cuatro discursos arreglados quiásticamente, Elihú expande sobre las dos grandes verdades: Dios es bueno, también cuando azota. Dios es justo, también cuando no lo entendamos. Con estas dos verdades ha refutado las dos afirmaciones de Job, es decir, que Dios es cruel y que es injusto. Y ha demostrado que el altercar con Dios de parte de Job es un error y que sus palabras son blasfemia. Su conclusión positiva, práctica es: debemos humillarnos bajo la mano poderosa de Dios, y él nos exaltará en el tiempo debido.

¿Qué, entonces, es el propósito de su papel? No es revelar a Job el decreto divino especial de sufrimiento que le domina. El autor lo introduce, o le deja introducirse él mismo, como el hombre que debe refutar la afirmación de Job de que Dios es injusto y cruel — y de hecho de refutarlo en verdad y correctamente, no de manera perversa como sus amigos — y también para reivindicar a Dios, a demostrar la justicia y el amor de Dios, y de esta forma silenciar a Job. Elihú descarga este oficio a la perfección. De base de las premisas que tanto él y Job comparten acerca de la esencia y el gobierno de Dios, es decir, que Dios es omnipotente, omnisciente, el Creador de todas las cosas, el Señor de la naturaleza y gobernante de las naciones, demuestra que Dios es totalmente justo, un juez severo de los impíos, un auxiliador fiel de los miserables, que bendice y exalta a los que le temen a través de la tribulación. Por tanto Job debe adorarlo en vez de altercar con él. Tan cabalmente Job es refutado por Elihú que el autor lo presenta guardando silencio ante Elihú. Hay otra razón por la cual Job no ha sido ganado internamente por los discursos de Elihú y llevado al arrepentimiento, como veremos más tarde. Pero es refutado tan completamente que no halla respuesta a los argumentos de Elihú.

Pero ahora surge la pregunta: ¿Cuál es la relación entre el discurso de Elihú y la aparición y el discurso de Dios? ¿No hace cada uno superfluo al otro? Esa conclusión se saca solamente si uno se une con los teólogos modernos en considerar los discursos de Dios como una reivindicación de su justicia y amor hacia Job y, por lo tanto, los considera idéntico en su sustancia con los discursos de Elihú. Eso, sin embargo, es un error palpable. Los discursos de Dios, a diferencia de los de Elihú, no sin una teodicea dialéctica. Dios no entra en una demostración de pruebas — eso sería indigno de él — sino coloca a Job en su sitio enfatizando su majestad, poder y sabiduría. No le revela el por qué o con cuál propósito trata con él de esta forma. Más bien, sin ofrecer una respuesta o una explicación a sus quejas y preguntas, sencillamente exige que Job reconozca su derecho de tratarlo de

esta forma haciendo referencia a aquellas obras que dan evidente testimonio a su poder y sabiduría trascendentes. Exige que Job se someta humildemente a su gobierno porque en cuanto a poder, conocimiento y mérito Job no es nada delante de él. Todo lo que Dios le dice puede resumirse en la doble expresión del capítulo 41:10 y 11: “Nadie hay tan osado que lo despierte. ¿Quién podrá presentarse delante de él? ¿Quién me ha dado primero para que yo le restituya? ¡Todo lo que hay debajo del cielo, mío es!” Pablo lo expresa así: “Oh hombre, ¿quién eres tú para que contradigas a Dios?” (Rom. 9:20), y “¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él?” (Rom. 11:35). El “por qué” o “para qué” del sufrimiento de Job no es revelado en los discursos de Dios.

Un estudio más exacto de los discursos demostrará esto. Las primeras palabras, capítulo 38:2-4, inmediatamente suple el tema del primer discurso, que se extiende hasta la conclusión del capítulo 39: la sabiduría de Dios y la ignorancia de Job. “¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento? Cíñete, pues, los lomos como un hombre; yo te preguntaré, y tú me lo harás saber: ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes entendimiento.” Y ahora Dios alaba su propia sabiduría y revela la ignorancia de Job haciendo referencia al milagro de fundar la tierra sobre la nada, el encerrar del mar rugiente, el brotar diario del amanecer y la luz del día. ¿Conoces los manantiales del mar, las puertas de la muerte, los fines de la tierra, la morada de la luz y las tinieblas, de la nieve, del granizo, del viento oriental, de las lluvias torrenciales y los rayos? ¿Quién, tú o yo, hace que florezca el desierto y produce la lluvia, la escarcha y el hielo?

Dios además impresiona a Job su sabiduría y la ignorancia de Job indicando las estrellas y las nubes del cielo, su cuidado providencial de la bestia salvaje, los leones y sus cachorros, los cuervos y las cabras y los bueyes, la avestruz y sus huevos; luego a la forma y la valentía del caballo, el vuelo del halcón, el coraje del águila — y cierra con el reproche: “¿Desistirá el que contienda con el Todopoderoso? El que argumenta con Dios, que responda a esto” (40:2). El resumen de todo el discurso: yo soy sabio; tú no entiendes nada. ¿Quién eres tú que quieras contender conmigo?

El segundo discurso enfatiza especialmente el poder de Dios y la impotencia de Job. ¿Quién eres tú para que quieras juzgarme? “¿Tienes tú un brazo como el de Dios? ¿Y truenas con una voz como la de él?” (40:9). “Adórnate, pues, de majestad y alteza; ... Mira a todo soberbio y somételo; pisotea a los impíos en su sitio... Entonces yo también reconoceré que tu mano derecha te dará la victoria” (40:10, 12, 14). ¿Qué es tu fortaleza aun en comparación con la de otras criaturas que he creado — behemot y el cocodrilo? No puedes vencerlos; ¿y quieres contender conmigo, el todopoderoso Creador? “¿Quién me ha dado primero para que yo le restituya? ¡Todo lo que hay debajo del cielo, mío es!”

Resumen: Yo puedo hacer todo; tú no puedes hacer nada. ¿Quién eres tú para que desees contender conmigo? ¿Qué es lo que te debo?

Así es obvio que los discursos de Dios no son una reivindicación racional de su justicia y amor. Si lo fueran, Dios habría cedido a la exigencia arrogante de Job de que se presentara para ser juzgado y se habría puesto en el mismo nivel con Job. Más bien, los discursos de Dios son una revelación de su sabiduría como es manifiesta en su obra de la creación, un rechazo de los reclamos de Job de justicia de parte de Dios, una reprimenda por su

arrogancia, y, en su efecto, una aniquilación moral de aquél que blasfema la majestad de Dios. Así que, en su contenido, no pueden hacer otra cosa que tocar los temas y corroborar una parte de los discursos de Elihú, que tiene que probar la justicia de Dios partiendo de su naturaleza y sus obras. Pero en su carácter son totalmente distintos de los discursos de Elihú. La fuerza de estas respuestas negativas no está en su demostración lógica sino en afirmar su autoridad.

De esto claramente percibimos el propósito de los discursos de Elihú y la razón por la cual son una parte integral del libro. Job ha cuestionado la justicia de Dios. En respuesta, estos discursos deben probar desde el punto de vista de la revelación general lo que los amigos por su falta de entendimiento no probaron y lo que Dios, considerando su dignidad, no podía probar, es decir, que Dios es justo y Job está en el error. Quita los discursos de Elihú y el libro quedaría un cuerpo sin cabeza.

Pero si esto es el caso, ¿no tendrían los discursos de Elihú que producir también la solución al problema, el arrepentimiento de Job, y así haber hecho superfluos la aparición y los discursos de Dios? Respondemos — ¡No! Esto nos lleva a la pregunta acerca del verdadero propósito, la verdadera gran enseñanza del libro de Job. Para el que aquí no ve con claridad, el libro permanecerá siempre incomprensible; y precisamente en este punto la mayoría de los exegetas modernos se desvían del camino. Para dar una respuesta penetrante a la pregunta, tenemos que investigar con más profundidad.

El libro de Job se ocupa con el problema del sufrimiento en este mundo, específicamente con el sufrimiento de los que temen a Dios. “¿Para qué darle luz al que sufre, y vida a los de alma amargada?” (3:20). “El me ha puesto por blanco suyo; ...a pesar de no haber violencia en mis manos y de ser pura mi oración” (16:12,17). Es la pregunta que está al fondo de todas las quejas y preguntas en la tierra; es la causa práctica de todo filosofar, de todas las preguntas acerca del misterio del mundo en general.

Si no hubiera mal, si no hubiera sufrimiento, se estuviéramos viviendo en el paraíso, no habría por qué preguntar acerca del origen y el “por qué” de todas las cosas. Pero el sufrimiento sí existe. No queremos y no podemos querer sufrir. Si nuestra conciencia nos testifica que somos pecadores, ya que tenemos la norma imborrable del bien y el mal en nosotros, nuestra razón sin embargo dice: “¿Cómo lo podemos evitar? Nosotros no nos hemos creado así; más bien Dios lo ha hecho, el que tiene todas las cosas en su poder, que con un solo movimiento de su mano todopoderosa podría haber evitado, si lo hubiera querido, nuestro nacimiento, la caída de nuestros primeros padres, la propagación de la humanidad pecadora y con ella toda la masa del pecado, de donde fluye un mar insondable de sufrimientos temporales, y la eterna condenación de la mayor parte de la raza humana. ¡No lo hizo, por tanto él quiso el pecado, el sufrimiento, la muerte, la eterna condenación de tantos hombres!

Así nuestra violenta razón discute y blasfema, incapaz por sí misma de hacer otra cosa. ¡No somos nosotros — Dios tiene la culpa de todo nuestro infortunio! “La mujer que mi diste” (Gén. 3:12), etc. En esta conexión hacemos una observación incidental: Si la razón humana tropieza y se ofende por la doctrina bíblica de la elección, esto sucede por la misma causa que aquí en donde tenemos que ver con el permiso de Dios del pecado, el sufrimiento, la

muerte y la eterna condenación. Lo que nos es revelado en ella concierne a la voluntad secreta y para nosotros no capaz de ser conocida de Dios — que Dios hace conocido su evangelio en un lugar y no en otro, que de dos personas igualmente pecaminosos uno se convierte y el otro es entregado a una mente perversa, que de dos personas igualmente pecaminosas a quienes Dios ha dado la misma oportunidad para la gracia uno es elegido y el otro no — todo esto es el mismo misterio inescrutable que nos confronta en la misma existencia del diablo, del pecado, del sufrimiento, de la condenación. Y si en un lugar eliminamos las dificultades distorsionando la Escritura, todavía no hemos ganado nada con referencia a lo razonable de los eternos planes y decretos de Dios mientras no explicamos racionalmente, frente a la omnipotencia de Dios, su permiso para el pecado, el sufrimiento y la condenación.

Igualmente imposible que es explicar esto, es imposible averiguar por qué Dios impone tanto sufrimiento sobre un cristiano, tan poco sobre otro. Sabemos de la Escritura que todo sufrimiento proviene del pecado y, como un aspecto del pecado, la muerte lo acompaña, la paga del pecado. Debe proclamarnos la ira de Dios sobre el pecado, guardar del pecado y ayudar a conducirnos al arrepentimiento, servir para nuestra santificación, purificación, preservación, perfección y glorificación. En breve, su intención es entrenarnos para la salvación.

Pero por qué existe en primer lugar, por qué es necesario aun para los que temen a Dios, por qué Dios envía tanto a uno de sus queridos hijos, tan poco a otro, no lo sabemos. La Escritura en ninguna parte resuelve el misterio del sufrimiento terrenal de un modo que satisfaga nuestra razón natural, ni siquiera en el libro de Job. Aun después de considerar todo en este libro, queda la pregunta: ¿Por qué? ¿Con cuál propósito? No supo Dios de antemano sin probar a Job que su piedad era genuina? ¿Valía afligir al noble Job con tan terribles tormentos para refutar los alegatos de Satanás? ¿Qué derecho tenía Satanás para exigir una prueba que causa estos sufrimientos a uno de los más devotos entre los hijos de Dios? ¿Por qué no repulsó sencillamente Dios a Satanás?

¿Y Por qué fue necesaria tal prueba para Job, un hombre de piedad incomparable, mientras miles de los hijos de Dios escapan sufrimientos similares y aun así son llevados al cielo? ¿O valía la felicidad posterior de Job estos sufrimientos, y no podría Dios haberle dado tal felicidad sin primero haberle probado? En breve, el problema del sufrimiento en este mundo, el sufrimiento de los piadosos, no se resuelve de manera teórica en Job más que en cualquier parte de la Escritura. Tampoco se resolverá el problema en esta pobre vida; el que todavía trata de resolverlo y rehusa desistir del intento, al hacerlo perderá la fe y la razón y se perderá eternamente. ¡De esto líbranos, querido Padre celestial!

No, la lección de este libro como está ejemplificado por Job no es un intento de enseñarnos la explicación primaria, razonable, filosófica del decreto de Dios del sufrimiento. Más bien, tiene la intención de enseñar la solución para cada caso particular de sufrimiento y tentación, una solución aplicable en la práctica y efectiva en referencia al plan de salvación de Dios. Al mismo tiempo, preserva el secreto acerca del “por qué” final del Dios incomprendible. El sufrimiento de Job viene en consecuencia de un decreto particular de Dios; lo mismo es el caso con el sufrimiento de cada hijo de Dios. Nos quejamos tan fácilmente y altercamos con Dios, como si fuera injusto y cruel. Pero no tenemos derecho a

hacerlo. El es el omnisciente y el omnipotente; nosotros no sabemos nada y no podemos hacer nada. El es el Señor; hace lo que le place y sigue siendo justo. Pero nosotros no tenemos por qué quejarnos.

Nuestro sufrimiento no es el castigo airado de Dios sobre nuestros pecados. “Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). En medio del sufrimiento más profundo todavía somos los hijos de Dios, a pesar del sufrimiento. Nuestro sufrimiento es la corrección amante de Dios. Dios quiere limpiar, purificar, perfeccionarnos. No nos deja ahogarnos. Nos enseña la paciencia; nos preserva y aumenta nuestra fortaleza y junto con la tentación también provee una manera de escapar para que podamos soportarla. Llega con su auxilio en el debido tiempo. Nos humilla y nos consuela; nos bendice y nos corona al final con gran gloria.

Esta es la solución al sufrimiento infligido sobre Job; esto es lo que el libro de Job enseña a todos los cristianos. Es para mostrar cómo un hijo de Dios debe considerar todos los sufrimientos infligidos sobre él y cómo debe prevalecer en la victoria sobre todas las tentaciones que lo acompañan. Quiere advertir a los hijos de Dios que sufren y preservarles de los errores y los pecados del agobiado Job. Quiere inducirles a imitar su fe probada, su fidelidad y paciencia, y, mediante su ejemplo, guiarles a la verdadera fuente de consuelo y fortaleza. Al presentarles el final glorioso de su sufrimiento, quiere fortalecerles en humildad, longanimidad y victoria. También quiere advertir y enseñar a los amigos y vecinos, especialmente a los pastores, de los que sufren, en cuanto a cómo ellos deben ayudarles a la victoria. Es para mostrarles que no deben comportarse como los tres amigos de Job, que deben hacer más que Elihú, para asegurar el éxito completo de su aconsejar, que finalmente sólo Dios es capaz de restaurar a los que yerren y consolar a los deprimidos. Es por esta causa que se nos ha dado el libro de Job.

Finalmente, repasemos en mayor detalle sus enseñanzas particulares y su aplicación pastoral.

En primer lugar, para establecer el conocimiento necesario para el aconsejar pastoral, será recomendable hacer un breve resumen de los tres grandes principios del gobierno de Dios como son presentados en el libro de Job.

Como se ha explicado arriba, el libro tiene tres partes orgánicas. En la primera parte Job está de desacuerdo con los amigos sobre el significado de la justicia punitiva de Dios en su gobierno sobre todos en general y sobre el individuo en particular — al enviar la buena fortuna o la mala fortuna a los hombres. Arguyen con gran energía en favor de la supremacía absoluta de su justicia punitiva. “Recuerda, por favor, ¿quién ha perecido por ser inocente? ¿Dónde han sido destruidos los rectos? Como he visto, los que aran iniquidad y siembran sufrimiento cosechan lo mismo” (4:7-8). “Si tus hijos pecaron contra él, él los entregó en mano de su transgresión” (8:4). “Si fueras limpio y recto, ciertamente ahora él velaría por ti y te restauraría la morada que en justicia mereces” (8:6). “He aquí, Dios no rechaza al íntegro ni sostiene la mano de los malhechores” (8:20).

Repetida y explícitamente Job concede el dominio de la justicia punitiva (cap. 24 y especialmente 27:13sig.). Pero niega su soberanía absoluta. Si realmente fuera suprema,

este terrible sufrimiento no podría habersele sobrevenido ya que su piedad y rectitud seguramente tiene que ser conocido al Dios omnisciente. Quisiera que Dios en su gobierno recompensara con rigor. Así es como debe ser, pero no es así. Dios no permite que su justicia siga su curso; trata injustamente con él. Su más grande queja es que Dios trata con igualdad a los piadosos y a los impíos. “Al íntegro y al impío, él los consume” (9:22). Especialmente en los capítulos 21 y 24 desarrolla el pensamiento de que Dios frecuentemente permite que sean precisamente los impíos los que prosperan. “Por qué viven los impíos y se envejecen, y además crecen en riquezas?” (21:7sig.). En contraste con los tres amigos, que mantienen lo absoluto de la justicia punitiva de Dios, Job acusa a Dios de ser arbitrario e injusto.

Job tiene la razón en su contención frente a los amigos, salvo en su acusación. La Escritura enseña — y no solamente después de Moisés sino también ya en Moisés — que la justicia punitiva de Dios es de hecho uno de los tres elementos en el gobierno de Dios del mundo tanto en los asuntos grandes y los pequeños. ¡Haz esto, y vivirás! ¡Maldito el que traspassa mis mandamientos! Este es el significado inexorable de la ley. Y esto se aplica también en esta vida terrenal, temporal. El que teme a Dios prosperará en la tierra; el impío será plagado de toda clase de adversidad. Como prueba mencionamos solamente las promesas y las amenazas del cuarto mandamiento (Exodo 20:12 y Deuteronomio 27:16; compare Proverbios 30:17: “Al ojo que se burla de su padre” etc. Vea también la “conclusión” de los mandamientos, Exodo 20:5, 6).

Al principio de todos los tratos de Dios con el hombre, el primer mandamiento y prohibición es seguido inmediatamente con la amenaza: “El día que comas de él, ciertamente morirás” (Gén 2:17). Esta ley de retribución es en particular la base general del pacto único de Dios con Israel. La felicidad temporal sigue a la fidelidad al pacto; la maldición y la adversidad siguen al quebrantamiento del pacto. (Vea especialmente Levíticos 26 y Deuteronomio 28sig.). Así encontramos, especialmente en los profetas (Reyes y Crónicas correctamente interpretan toda la historia de los reyes según este principio), que la buena fortuna y la mala fortuna de la nación así como de los israelitas individuales una y otra vez son atribuidas a su conducta piadosa o impía frente al Señor. De hecho, el destino de Israel hasta el día de hoy es determinado también por este principio de la justicia punitiva de Dios.

Pero decimos a propósito “determinado también.” Es decir, la justicia punitiva de Dios no ha sido el único factor determinante, así como no fue el único factor en el gobierno de los paganos. Por virtud del pacto único de Dios con ellos, este principio fue operativo en una medida inusual en el caso de Israel colectivamente como una nación y cada miembro individual de ella. Fue mucho menos un factor entre los paganos, que estaban fuera del pacto. Pero no fue la norma inviolable, absoluta, única del trato divino con Israel ni con los paganos.

Desde el mismo principio la justicia retributiva de Dios en su gobierno del mundo, y especialmente en su guía de su pueblo escogido, fue unido con su infinita misericordia, amor, gracia, paciencia y fidelidad. En su tiempo el racionalista De Wette presentó la teoría, que con nefastas consecuencias aún circula hoy entre muchos teólogos modernos, de que Moisés no conocía otro principio más que la retribución inflexible.

Se alega que los tres amigos son campeones de la ley inviolable de la retribución como es enseñada en la Tora. El propósito de los discursos de Elihú, que algunos consideran una interpolación posterior, se supone que sea oponerse a la doctrina mosaica de la retribución rigurosa con una doctrina nueva, más humana del gobierno de Dios. Nada de esto es cierto. El hecho de que Dios no llevó a cabo su amenaza primordial (Gén 2:17) contra el hombre, sino más bien le permitió seguir viviendo, debe ser una prueba convincente de que al ejecutar sus juicios el Señor fue guiado por otros principios que solamente la retribución rigurosa.

¿Aplica Dios rigurosamente la ley de la retribución cuando da advertencia al impío Caín y pone una marca sobre el fratricida para proteger su vida? ¿O cuando da al mundo primitivo caído todavía 120 años para arrepentirse? Después del diluvio Dios en principio abiertamente pone a un lado el decreto de la retribución cuando dice después de la ofrenda de Noé: “No volveré jamás a maldecir la tierra por causa del hombre, porque el instinto del corazón del hombre es malo desde su juventud. Tampoco volveré a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras exista la tierra, no cesarán la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche” (Gén 8:21, 22). Hasta el día del juicio, el arco iris en las nubes es una señal para toda carne sobre la tierra (Gén 9:17) que no solamente la retribución rigurosa, sino también la abundancia de la bondad, paciencia y longanimidad de Dios gobernarán en la tierra sobre todo lo que tiene aliento.

El pacto con Abraham no es ningún pacto de ley, como el que fue establecido posteriormente con Israel, sino un pacto de gracia, establecido con Abraham, Isaac, Jacob y su simiente, por virtud del cual moraba entre su pueblo en las glorias de su gracia y no pagó al pueblo duro de cerviz en conformidad con sus pecados. Al contrario, se demostró tan inefablemente misericordioso hacia ellos que Moisés, abrumado por la abundancia de su gracia exclama: “Jehovah, Jehovah, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad, que conserva su misericordia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que de ninguna manera dará por inocente al culpable; que castiga la maldad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación” (Exodo 34:6-7). Los dos principios se enseñan aquí, la misericordia de Dios y su justicia, como los aspectos normativos de su gobierno. Y la historia del pueblo escogido de Dios da abundante prueba de que Dios efectivamente les guió conforme a estos principios.

El amor salvador de Dios como el motivo que junto con la justicia punitiva domina en el gobierno de Dios del mundo— eso es lo que Elihú en sus discursos debe defender, y de hecho defiende, en el libro de Job en oposición a los tres amigos, que ignoran este amor y en oposición a Job, que es incapaz de reconocerlo en la aparente crueldad de Dios. Compare, por ejemplo, solamente el capítulo 34:11 en cuanto a la justicia punitiva de Dios; 33:15sig., y 36:7sig. (¡en el hebreo!) en cuanto al amor de Dios; y especialmente la conclusión gloriosa de sus discursos (37:21,22), en donde dice que la bondad de Dios está escondida en la tribulación como la luz detrás de las nubes y como el oro en el norte inhóspito.

A la retribución y el amor se agrega en la tercera parte del libro, en los discursos de Dios, el tercer principio involucrado en el gobierno de Dios, la incomprensible majestad de Dios. En otras palabras, Dios, por virtud de su omnisciencia y omnipotencia, sobrepasando toda justicia y amor (no, sin embargo, en contradicción con, sino en completa armonía con ellos), gobierna el mundo en cosas grandes y pequeñas también de acuerdo a su voluntad soberana, que permanece absolutamente escondida, incomprensible y más allá de nuestro conocimiento.

Además, la voluntad de Dios, el “por qué” y “para qué” de la cual no comprendemos, es también el factor decisivo en la aplicación de la recompensa rigurosa o del amor especial al caso individual. Elifaz, Bildad y Zofar tienen una intuición de esta voluntad, pero no tienen ningún verdadero entendimiento del asunto. Job lo conoce bien pero neciamente quiere que se le explique. “Hazme entender por qué contiendes conmigo” (10:2). “Por qué escondes tu rostro, y me consideras tu enemigo?” (13:24). “O por qué no perdonas mi rebelión y quitas mi iniquidad?” (7:21). Elihú enseña esta voluntad de Dios en detalle, especialmente en el capítulo 36:22sig. y en el capítulo 37, particularmente en la conclusión.

Pero la voluntad soberana de Dios realmente no es defendida y afirmada con énfasis hasta la tercera parte, en donde Dios mismo se presenta en su majestad y, apelando a su infinita sabiduría y poder, refuta las quejas de Job como injustificadas, necias y malas. ¿Quién eres tú para que quieres contender con Dios? “¿Desistirá el que contiene con el Todopoderoso? El que argumenta con Dios, que responda a esto” (40:2). “¿Quién me ha dado primero para que yo le restituya? ¡Todo lo que hay debajo del cielo, mío es! (41:11). Sí, es cierto: “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada. El hace según su voluntad con el ejército del cielo y con los habitantes de la tierra. No hay quien detenga su mano ni quien le diga: ‘¿Qué haces?’” (Daniel 4:35). Este hecho queda inmutable: “Todas sus obras son verdad y sus caminos son justicia” (Daniel 4:37). La fuerza con que enfatiza Pablo en Romanos 9 y 11 esta voluntad soberana de Dios también en conexión con la doctrina de la elección es bien conocida.

Para resumir — hay tres fuerzas que forman la base del gobierno de Dios, su justicia punitiva, su misericordia y su soberanía. Conforme a la primera, paga a cada uno conforme a sus obras. Esta es la aplicación de la ley. Conforme a la segunda, pronto “se arrepiente del mal,” busca el bienestar temporal y la eterna salvación de los pecadores, y hace bien a los que no han merecido más que el castigo. Conforme a la tercera, emplea la retribución o la gracia, azota o bendice como quiere, sin violar su justicia ni su amor.

Queda para nosotros todavía hacer una breve referencia a la diferencia entre la economía del Antiguo Testamento y la del Nuevo en la aplicación de la justicia y la gracia. Dios no gobernó solamente según la justicia en el Antiguo Testamento ni solamente según la gracia en el Nuevo. Ningún pueblo, ningún hombre ha recibido de Dios solamente lo que ha merecido. Cada hombre, cada pueblo, Caín y Faraón, Sodoma y Babilonia han experimentado mucho amor, gracia y paciencia.

En esta vida no hay completa retribución; Dios ha reservado eso para el día del juicio. Solamente entonces pagará a cada uno perfectamente conforme a sus obras. De manera similar, no hay una remisión absolutamente perfecta de las penas del pecado para ningún

pecador durante esta vida. La primera promesa del perdón del pecado es seguido por el decreto que resuena sobre el hombre: “Sea maldita la tierra por tu causa. Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida” (Gén 3:17), etc. Esta maldición seguirá obrando inexorablemente hasta el día final, y cada pecador tiene que llevar su parte de ella; tiene que pagar su deuda a la muerte y la miseria, conforme a la disposición del Dios soberano.

Pero ahora la gracia mediada por Cristo tiene el efecto, bajo el reinado del amor de Dios hacia todos los hombres, también hacia los que no reconocen a Dios, de transmutar lo que en sí es castigo y retribución en un medio disciplinario para efectuar la vida — excepto en donde Dios según su majestad ya en el tiempo da el juicio final y acorta el tiempo de gracia, como en el caso del diluvio y de Sodoma y Gomorra. También el hecho de que en tiempos del Antiguo Testamento Dios permitió que los gentiles anduvieran en sus caminos, les entregó a sus lascivias y a una mente reprobada para hacer lo que no conviene, sin duda fue una recompensa justa; pero al mismo tiempo fue un aspecto del entrenamiento del mundo gentil para prepararles para aquella salvación que sería enviada en Cristo. Compare Ezequiel 18:23.

Pero los castigos que Dios visitó sobre su pueblo escogido a causa de sus transgresiones del pacto fueron particularmente, como toda la ley, un ayo para conducir a Cristo. En breve, la gracia convierte todas las retribuciones temporales para los creyentes y los incrédulos en primer lugar en medios disciplinarios para efectuar la vida, excepto en donde Dios en su majestad está condenando.

El antiguo pacto en que estaba Israel era un pacto especial de la ley, en la cual también el castigo de la ley encontró especial aplicación entre los transgresores. El celo del Señor por su ley pronto alcanzó a los transgresores. Recordamos el juicio que sobrevino a la gente a causa de su idolatría con el becerro de oro (Éxodo 32), el juicio sobre el hombre que había maldecido a Dios (Levítico 24); recordamos Kibrot Hattaavah, en donde la gente que codiciaba fue sepultada (Números 11), la lepra de María cuando murmuró (Números 12); el que quebrantó el sábado (Números 15), la rebelión de Coré (Números 16), el juicio sobre la falta de confianza del pueblo (Números 14) al igual como de Moisés y Aarón (Números 20), a causa de lo cual a ninguno de ellos se les permitió entrar en la tierra prometida.

Compare también el castigo visitado sobre David después de su pecado contra Urías (2 Samuel 12), especialmente el cumplimiento posterior de las amenazas expresadas en los versículos 10 y 11, y finalmente el castigo de su ambición (2 Samuel 24). De base de las amenazas en Éxodo 20:5 la mano de castigo de Dios pesaba tanto sobre el cuello del pueblo que hacia el final de la gloria de Israel los burladores, pervirtiendo la palabra de Dios, creían tener la razón en decir en un proverbio: “Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos sufren la dentera” (Ezequiel 18:2; Jeremías 31:29; compare Lamentaciones 5:7).

Pero en agudo contraste con esta economía de la ley Jeremías profetiza (31:29sig.) que el Señor establecerá un nuevo pacto de otra clase con su pueblo, en el cual Dios ya no gobernará a los suyos con la ley externa, sino con la gracia interna, con su Espíritu que convierte y perdona los pecados. Este es el Nuevo Testamento, en el cual nosotros los cristianos ahora vivimos. La ley ha sido abolida, no solamente la ley ceremonial y civil,

sino también la ley moral en cuanto, viniendo desde afuera, nos confronta con sus exigencias. El espíritu de la ley, es decir, las actitudes internas del corazón que la ley realmente exige, es puesto en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo.

El amor hacia Dios y el prójimo que la ley nos exige — la humildad, la castidad, la sinceridad, la fidelidad — mora en nuestros corazones, al menos en forma incipiente. Pero también hemos escapado las amenazas, las penas, la maldición de la ley. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8). No trata con nosotros los cristianos conforme a nuestros pecados ni nos paga según nuestra iniquidad (Salmo 103). Todo el dolor y la tristeza, el dolor y la muerte que cae a nuestra suerte en consecuencia de la maldición común de esta tierra, Cristo lo ha convertido en pura bendición, en un medio para entrenarnos para la vida eterna.

De hecho, también en el Nuevo Testamento estamos bajo la voluntad insondable, soberana de Dios. Una persona tiene este problema particular, otro tiene aquél; uno sufre hoy, el otro mañana; uno sufre mucho, el otro poco; uno sufre los males naturales, normales, el otro sufre por el nombre de Cristo. Está escondida de nuestros ojos la razón por la cual Dios impone tales sufrimientos en primer lugar, y por qué los aplica de manera tan diversa. Sólo esto está seguro, que todas las cosas que ayudan a bien, es decir, para la santificación y la salvación, para los que aman a Dios.

Sí, en general el tiempo del Nuevo Testamento es uno de la gracia, la bondad, la paciencia de Dios, también para los impíos. Dios quiere salvarles a ellos también; su amor debe llevarles al arrepentimiento. Pero esto no elimina el hecho de que en el Nuevo Testamento también hay juicios particulares de Dios sobre los piadosos y los impíos. En 1 Corintios 11 el apóstol habla de cristianos que en su debilidad, procediendo de una actitud descuidada y frívola, habían pecado contra la Santa Cena: “Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y debilitados, y muchos duermen (es decir has sido llevados por la muerte)”. (1 Cor. 11:30). Ya que no juzgaban a sí mismos, el Señor estaba ejerciendo juicio entre ellos para que otros se llenaran de un temor santo, para disciplinarlos.

A causa de la hipocresía, Ananías y Safira se murieron repentinamente como una advertencia a los demás. A los cristianos que tratan la gracia de Dios de una manera descuidada, frívola, que entristecen al Espíritu Santo; en particular a los que causan ofensa, que se hacen obstáculos a la salvación de otros, y sobre todo a los siervos del Evangelio que cumplen con su oficio de manera floja, indiferente, infiel — a ellos el Señor predica el arrepentimiento y el cambio de corazón y les amenaza con una visitación particular (Apocalipsis 2:5, 16; 3:3, 16). A cada cristiano también en el Nuevo Testamento se aplica la palabra: “Cuando haga mal, yo le corregiré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombre. Pero no quitaré de él mi misericordia” (2 Samuel 7:14-15); de manera similar se aplica también en el Nuevo Testamento la palabra del apóstol Pablo (Romanos 11): “¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” Hay una sola regla de Dios en el nuevo pacto tanto como en el antiguo: la retribución, la gracia, el juicio secreto. La única diferencia es que ahora la gracia echa su sombra sobre la aplicación de los otros dos sin con eso hacerlos completamente inoperantes.

Así que, en su esencia y en su relación uno con el otro, estos tres elementos del gobierno de Dios deben ser proclamados públicamente. Tenemos que poder decir: “No he rehuído el anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27). Y esto es un asunto en que nuestro pueblo no tiene mucha claridad. O siguen con la idea equivocada de los amigos de Job de que los problemas y el bienestar temporales son la recompensa de Dios de su impiedad o piedad, o piensan que Dios en su reinado de gracia en el Nuevo Testamento ha abandonado completamente la vara del castigo y ha determinado abstenerse de todo acto temporal de juicio sobre los impíos hasta que permita que tenga completo dominio su justicia en el día final. De hecho, hasta qué punto prevalece la idea también en nuestras congregaciones de que el bienestar o la desgracia temporal no están bajo la dispensación particular de Dios, sino que todo se desarrolla sencillamente conforme a las leyes de la naturaleza.

Particularmente en nuestro día se ha perdido casi por completo el concepto del Dios escondido, aunque se demuestra ser tal todos los días tanto en la buena fortuna de los impíos como en las desgracias de los piadosos. En oposición a todas estas opiniones falsas se debe proclamar tanto el Dios revelado y el Dios escondido — lo primero como el que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen y muestra misericordia a millares de los que le aman y guardan sus mandamientos; lo último como el que se ha reservado el derecho de dejar prosperar a los impíos y a herir día con día a los piadosos, como él quiere (Salmo 73). Tiene que ser predicado como el Dios revelado, que no encuentra nada, absolutamente nada digno de condenación en los que están en Cristo Jesús (Romanos 8) y que soporta con mucha longanimidad las vasijas de ira; y como el Dios escondido que visita nuestras transgresiones con la vara de la corrección y repentinamente arrastra al impío, como él quiere.

Hoy tenemos que combatir sobre todo la idea deísta de que el gozo y el dolor vienen al hombre, al cristiano, aparte de cualquier decreto particular de Dios. Es nuestra tarea especial en nuestro tiempo, que es tan apartado de Dios, predicar que Dios no está lejos de cada uno de nosotros, que en él vivimos y nos movemos y somos (Hechos 17); que desde la eternidad ha predeterminado el curso de la vida de cada ser humano hasta el último detalle — la hora del nacimiento y de la muerte, su gozo y dolor; que ni un gorrión cae del techo, ningún cabello de nuestras cabezas sin la voluntad de nuestro Padre celestial; que, como en el caso de Job, un decreto especial del amor de Dios prevalece en las grandes visitaciones que vienen sobre nosotros. Hasta aquí lo del conocimiento en el aconsejar pastoral.

El segundo gran requisito del arte del aconsejar pastoral es, en conformidad con el libro de Job, el amor para con el que sufre la aflicción impuesta por Dios.

Esto es lo que Job exige de sus amigos. “Un desesperado debe contar con la lealtad de su amigo, aunque abandone el temor del Todopoderoso” (Job 6:14). Eso no es otra cosa que el mandato de Dios. El amor de hecho tratará de otra manera con el que ha abandonado el temor de Dios que con los que temen a Dios, pero no puede cerrar su corazón tampoco a las desgracias del impío. El hombre infortunado es en primer lugar un hombre infortunado y con eso reclama, y delante de Dios tiene un reclamo válido sobre, nuestra simpatía, nuestra compasión, nuestro amor. En nuestros corazones no podemos bajo ninguna circunstancia rechazar nuestra propia carne. Si Dios ha tenido piedad del mundo pecaminoso entero,

también debemos permitir que nuestros corazones sean conmovidos por la miseria de los impíos y no pensar con el sacerdote y el levita: “¿Qué me importan los incrédulos?”

Aquí tenemos algo que aprender. Con demasiado frecuencia nosotros los pastores restringimos nuestras manifestaciones de amor a los miembros de nuestras congregaciones que sufren. No lo consideramos algo que valga la pena, o al menos como una parte de nuestro llamamiento, mostrar nuestra simpatía a un incrédulo, el miembro de una logia, un esclavo del vicio, y tal vez inclusive a una persona que ha sido excomulgado que ha enfrentado un desastre o tal vez haya sufrido duramente. ¿No es de hecho fácil ceder a un sentimiento furtivo de *Schadenfreude* (gozo por el sufrimiento de otro) cuando la desgracia alcanza a un samaritano o a un incrédulo?

¡Qué perverso, qué subcristiano es esto! ¿No sabes de qué espíritu eres? El Señor miró a la ciudad, endurecida en su incredulidad, y lloró por ella. ¿No debe morar en nosotros algo de esta compasión y amor que abraza el mundo, que reconoció aun en la desgracia de cualquier enemigo de Dios, o de un enemigo personal, en primer lugar la miseria de una persona con sentimientos, de un ser humano en unión con él, de su propia carne — no debe algo de esto morar en nosotros los cristianos, especialmente en nosotros los siervos y embajadores de Cristo? ¿No nos une a él y nosotros aun el conocimiento superficial con uno del mundo que nos motiva a saludarlo en la calle, vivir con él en el mismo vecindario o en la misma comunidad, de modo que exige nuestra preocupación, nuestra simpatía y las manifestaciones de nuestro amor cuando cae la desgracia?

Y luego, ¿no despertará inevitablemente en el incrédulo que sufre nuestra indiferencia o nuestra simpatía un prejuicio desfavorable o favorable hacia la palabra que representamos? La frialdad cierra los corazones; el amor los abre. Es verdaderamente una ofensa si una persona mundana puede decir con razón que recibe más simpatía de los que no son de la iglesia que de los miembros de la iglesia, de su médico que del pastor luterano. La cuestión acerca de cómo en particular el verdadero amor debe ocuparse con el sufrimiento de los que no son de la iglesia es un asunto para un estudio especial en el cual no nos meteremos más en el momento. Solamente sea dicho que en el caso de una persona excomulgada las expresiones de simpatía no pueden dar la impresión de anular la excomunión. En lo demás, la verdadera compasión seguramente encontrará el tono, el tacto y la palabra adecuada con los cuales penetrar al alma de la persona que sufre también con la palabra salvadora.

Volvamos a los que son confiados a nuestro cuidado pastoral. Allí nuestra hermandad en Cristo, en particular nuestra relación pastoral con ellos, nuestro oficio nos obliga a un especial amor. Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él. ¡Llevad las cargas los unos de los otros! ¡Llorad con los que lloran! Es notable que en su sufrimiento el pobre Job no encuentra ni a una sola persona entre los hombres (sin duda el libro lo presenta así a propósito) que viene a él con la compasión en el corazón y que le muestra amor consolador.

Se hizo referencia antes al hecho de que el lloro de los tres amigos (2:1-13) fue, para comenzar, solamente la expresión acostumbrada de pena. Job los acusa de falta de amor, de injusticia, de deslealtad, de un trato mezquino hacia él. Su esposa tiene solamente un desprecio frío, desdeñoso por su paciencia en el sufrimiento. Amargado hasta el corazón

contra Dios por su propia pérdida, parece haber perdido toda comprensión por el dolor mucho más grande de su esposo.

¿Y Elihú? Precisamente esto en su gran falta: no ofrece al Job que sufre ninguna verdadera simpatía, ninguna compasión, ningún amor. Ha aprehendido la verdadera doctrina; encuentra la palabra correcta; enseña el camino de Dios correctamente. No se puede culpar en nada de esto. Pero el conocimiento correcto le ha hinchado. Especialmente en el capítulo 32 se describe como un jactancioso que se preocupa de que su vientre explotará a menos que descargue su conocimiento (v. 18-20). Como persona, hace un papel más como un actor que se preocupa menos con hacer más tolerable la carga de Job o ayudarle a eliminarla que con demostrar que él es el hombre que entiende las cosas mejor que cualquier otro. Y suponemos que es por esta razón que Elihú es tan completamente aislado en el libro de Job. Entra en el escenario, habla, y se va — y desaparece. Job no le contesta. No puede refutar sus palabras; no han tenido ningún efecto sobre él. Por tanto, las deja pasar por encima de él — y guarda silencio. Busca un corazón con simpatía; anhela la compasión. “¡Compadeceos vosotros de mí! ¡Compadeceos de mí, oh amigos míos! Porque la mano de Dios me ha tocado” (Job 19:21). Esto es lo que busca en preferencia a todas las expresiones de consuelo e instrucción. Esto es lo que no ha encontrado en todos los finos discursos de Elihú. Por eso responde a ellos con el silencio.

Aun Dios mismo no encuentra nada que reprobar en los discursos de Elihú, a diferencia de los de los tres amigos. Pero tampoco encuentra nada que alabar. El también los pasa con silencio como si nunca hubieran sido habladas, como si fueran insignificantes. Elihú fue como bronce que resuena o un címbalo que retiñe, porque no tenía el amor. En cuanto a una solución práctica para la situación, los discursos de Elihú fueron hablados al viento. Bien podría haberse desistido antes de comenzar.

Aquí hay una lección verdaderamente grande e importante para que el pastor la aprenda. Aquel pastor no es ningún hombre según el corazón de Dios que de hecho sabe qué es la cosa correcta que decir a la persona que sufre, severamente probada y les instruye con irrefutable corrección, pero al mismo tiempo no tiene la compasión de corazón, la simpatía interna y amor genuino para con los que están en la miseria. De esto no es necesario que presentemos más prueba bíblica aquí.

Tampoco logrará en el que sufre el propósito por el cual fue enviado — aliviar su sufrimiento, dar consuelo y fortaleza espiritual, aumento en el entendimiento, la humildad, la sumisión, la esperanza — tan pronto como la persona desafortunada se da cuenta de su falta de interés y simpatía. Ciertamente es la suposición sencilla y natural de la persona que está enferma, que los que le visitan, sobre todo el pastor, vienen a él con preocupación, simpatía, compasión y amor de corazón, que vienen para aligerar su carga. El efecto de todas las cosas piadosas que el pastor dice se ablanda aun antes de comenzar a hablar si el paciente se convence que el pastor viene a él solamente para completar de manera rutinaria con sus deberes oficiales. El paciente tiene un sentido muy agudo por tales cosas. Inconscientemente examina cada visita con respecto a los motivos que la produjeron y está atento a cada expresión, cada gesto, cada palabra, al comportamiento total del pastor que visita, para ver si el amor es el motivo o no.

Permítame citar un ejemplo de la experiencia. Una mujer había sido confinada a su cama por meses con hidropesía y había recibido visitas frecuentes de su pastor. En una ocasión, sin embargo, mientras estaba de viaje su pastor, su condición se empeoró de modo que sus parientes llamaron a un pastor vecino. Cuando volvió su propio pastor y le visitó, él, como fue su costumbre, apretó su mano para saludarla. Gritó con dolor por la enfermedad que mientras tanto había entrado en sus dedos. Sorprendido, el pastor pidió disculpas, pero ella respondió sonriendo: “Sí, me dolió, pero solamente en mis dedos. Cuando el pastor X estaba aquí ayer y tomó mi mano no sentí ningún dolor en mis dedos, sino en mi corazón.” “¿De veras? ¿Cómo es esto?” “Pastor, no apretó nada mi mano. Solamente puso cuatro dedos en mi palma y los quitó antes que tuve oportunidad de coger su mano. Su mano fue tan suave como de una mujer y tan caliente como de un niño, pero en mi corazón la sentí como una pieza de hielo. Pastor, si una persona realmente tiene interés en una persona, también le apretará la mano con fuerza. Supongo que es porque no soy miembro de su congregación.”

¿Por qué es el amor, junto con el conocimiento correcto del consejo de Dios, la cualidad principal que un pastor tiene que tener para llevar a cabo con efectividad su oficio pastoral, especialmente con referencia a los enfermos? Es el alfa y omega del aconsejar pastoral; aquí también es el cumplimiento de la ley, es decir, de todas las reglas para el cuidado de las almas. Sólo él anima todas las funciones pastorales con espíritu y vida. Sólo él sabe qué es lo apropiado; encuentra la palabra adecuada, si es que el pastor tiene algún conocimiento del asunto.

Se enfermó un estudiante teológico con el tífus. Después de pocos días la enfermedad había progresado de manera tan alarmante que el médico a cargo llamó a dos de sus colegas. Después que los tres habían salido del cuarto y habían consultado entre sí, el paciente medio delirante con fiebre oyó a uno de los médicos decir a uno de sus profesores: “¡Sus posibilidades son casi nulas!” A los oídos del paciente esto sonó como una sentencia de muerte y le llevó al instante a la plena conciencia. Luego oyó al profesor decir: “Tal vez. Pero con Dios sus posibilidades son mejores que diez mil a uno.”

Tal vez el profesor sospechó de que el paciente había oído la afirmación descuidada del doctor, porque volvió a entrar en el cuarto, se arrodilló al lado de la cama, abrazó al paciente con los dos brazos, y oró desde un corazón lleno de fe: “Jehovah es mi pastor; nada me faltará. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo. Tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Preparas mesa delante de mí en presencia de mis adversarios. Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehovah moraré por días sin fin.” Luego se levantó, tomó la mano del paciente, se inclinó sobre él y expresando confianza indescriptible, le habló: “¡No temas, solamente cree!” Una vez más tomó la mano del paciente, acarició sus mejillas mojadas de lágrimas, y se salió.

Al paciente estas palabras le sonaban una profecía, que durante todo el tiempo en que se quedó consciente lo rodeó como un mensaje desde el cielo; y cuando después de semanas en estado de coma recobró conciencia, esas palabras le sonrieron como una promesa cumplida. No había sido un largo discurso pastoral. Pero desde el tesoro de su

conocimiento acerca del aconsejar pastoral, al amor proveyó a este profesor la conducta apropiada y las palabras adecuadas. Ve, y haz tú lo mismo.

Pero el amor pastoral no es algo que nosotros podemos crear dentro de nosotros mismos. Imitar sus modales externos es un pobre sustituto por su verdadero poder ferviente. Aunque alguno se acostumbrara a estrechar la mano con fuerza, a mostrar expresiones y gestos amorosos, decir palabras dulces, mirar de manera amistosa, hablar larga y piadosamente, podría con todo esto solamente engañarse a sí mismo y finalmente convertirse completamente en un hipócrita. No podemos engañar a aquél que escudriña los corazones, pero también al paciente muchos detalles externos revelarán la falta de verdadero interés. El amor es hijo solamente de la fe. Tenemos que sacarlo de la plenitud de la gracia de Cristo y diariamente obtener provisión nueva del mar de amor y compasión que nos ha redimido y nos conduce hacia el cielo. ¡Qué oremos por esto!

Al conocimiento del consejo de Dios que es necesario para el aconsejar pastoral, al amor pastoral hacia la persona que soporta un castigo divino, se tiene que agregar una tercera cualidad de habilidad pastoral, que se tiene que dirigir por la doble línea del diagnóstico espiritual y la aplicación de remedios específicos.

El pastor en primer lugar tiene que buscar la base en la persona afligida que es indispensable para que cualquier trato pastoral pueda tener éxito. Esa base es el reconocimiento: ¡Dios ha enviado esto! En el libro de Job esto es la presuposición evidente de todas las personas involucradas. Todos hablan con este pensamiento en mente, desde la esposa de Job hasta el Señor mismo.

En donde este reconocimiento falta en el paciente, toda palabra que se hable será en vano. Es raro que falte completamente, porque todavía es una parte del conocimiento natural de Dios, que de hecho en su mayor parte ha sido grandemente oscurecido y casi completamente borrado. En tales casos, primeramente se tiene que establecer otra vez este conocimiento; tiene que ser revivido, clarificado y profundizado. Por supuesto, está presente en nuestros cristianos y apenas necesita énfasis especial. Pero en todos los casos, debe ser la base, tanto para el pastor y el paciente, de toda conversación entre ellos. Y en ningún caso hará daño si el pastor de manera no ostentosa, sin un desarrollo extensivo de esta verdad, la utiliza como un puente a más conversación.

Luego es necesario saber qué otras impresiones la visitación de Dios ha hecho en el corazón de la persona afligida. No es nuestro deber aquí demostrar cuánta sabiduría, cuidado, consideración y ternura requiere tal investigación pastoral. Pero en todas las circunstancias ordinarias se tiene que averiguar si el paciente ha permanecido espiritualmente endurecido e indiferente, o si ha sido espiritualmente molido por la visitación divina. Hay casos en los cuales no es posible hacer tal investigación debido a la mala condición física de la persona enferma o afligida. Allí el amor exige que interpretemos en el mejor sentido posible la condición espiritual de la persona afligida e inmediatamente derramaremos sobre él aquel consuelo que es más necesario para su salvación, el mismo corazón del mensaje del evangelio.

Ordinariamente, sin embargo, la sabiduría pastoral exige que tengamos una idea clara de la receptividad del paciente. En esta discusión no es nuestra tarea demostrar cómo aplicar el arte del aconsejar pastoral a un pecador endurecido. El libro de Job trata de un creyente que sufre severa aflicción. Y quede dicho aquí inmediatamente que es tanto subcristiano y necio dudar del cristianismo, de la condición espiritual de la persona que es severamente afligida a menos que haya clara evidencia de lo contrario. El gran error de los tres amigos, un error del cual Elihú no está completamente libre (véase cap. 34:7, 36, 37), es que en sus corazones juzgan a Job, lo consideran impío, y no saben distinguir entre las blasfemias de un impío y las palabras, en sí también blasfemas, del Job severamente tentado pero todavía creyente.

Nosotros los pastores no podemos guardarnos demasiado contra este error, que resulta de una falta de amor y de la sabiduría pastoral. Nuestra gente en parte se cede a varias clases de pecado evidente. Es cierto: las obras de la carne que hacen imposible la continuación de la fe son manifiestas, y nuestra confesión (F. C. III: Ep. par. 11; S. D. par. 64) dice correctamente que la fe no puede existir o permanecer al lado de la mala intención a pecar y actuar contrario a la conciencia. Pero la cosa que realmente hace imposible la fe es el dominio establecido de las obras de la carne, y lo que destruye la fe es la consciente “intención malvada de pecar y a actuar contrario a la conciencia.” Cada pecado frívolo daña la fe, cada pecado consciente la pone en peligro; pero el pecado destruye necesariamente la fe solamente cuando se rehusa a abandonarlo. Solamente la impenitencia manifiesta de uno que ha sido cristiano nos da el derecho a considerarlo un gentil y publicano.

No es nuestra tarea diseccionar la condición del corazón del cristiano para encontrar cada pecado grave que ocasionalmente pueda cometer o negar su fe si todavía tiene una que otra grave falta. Hay otro que pone a prueba el corazón y las entrañas. No es nuestra tarea pesar cuidadosamente cada palabra de la persona que está afligida. “Pensáis reprender las palabras y los dichos de un desesperado, como si fueran viento?”, clama Job (6:26) a los tres amigos. Las palabras blasfemas de uno que está afligido son brotes involuntarios de la carne, los cuales en la angustia del dolor él ya no controla, y así no deben ser tratados como las blasfemias de un alma maliciosa, sino como pecados de debilidad. Usar de la dureza aquí traerá la ruina espiritual al que sufre en vez de ayudarlo.

El escritor de este artículo experimentó el caso de un granjero cuya pierna había sido amputada por una máquina trilladora. El hombre fue extraordinariamente bien informado y piadoso. Pero en su horrible dolor dejó escapar lenguaje tan maldiciente y abusivo y tales acusaciones contra Dios y el hombre que te daba escalofríos. Su piadosa esposa lo abrazó, puso su mano sobre su boca y llorando, le clamó: “¡Paciencia, paciencia! ¡Aunque se quebrante el corazón, no alterques con Dios en el cielo! (*Geduld, Geduld, wenns Herz auch bricht, mit Gott im Himmel hadre nicht!*).

Como había entrado en el cuarto y estaba parado mientras tanto por la puerta, oí con horror todo lo que pasó; y yo (un pastor joven en ese tiempo) primero iba a dirigirle unas palabras duras. Pero al acercarme a su cama, miré sus rasgos distorsionados con el dolor y vi que no tenía mucho tiempo para vivir, y le llamé: “No temas, porque yo estoy contigo. No tengas miedo, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré, y también te ayudaré. También te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10). “Señor Jesús, recíbeme a mí, un pobre....,” clamó.

Las palabras se murieron en su lengua, se le abandonaron los sentidos, y en pocos minutos era un cadáver. El versículo de evangelio obviamente no había sido un error.

Las palabras que suenan farisaicas de uno que está afligido deben ser tratados de manera similar. En esto Job es el prototipo de todos los que están afligidos en que se consideró justo y declaró que Dios era injusto. Cuántas veces no oímos de uno que es agudamente afligido: “¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Qué he hecho para que tenga que sufrir tanto? ¿Por qué Dios me ha designado a mí para tener tantos problemas? Otros que son mucho peores que yo lo llevan bien mientras yo sufro una cosa tras otra. ¡No tiene fin!” Sin embargo no debemos asustarnos demasiado al oír tales palabras, las cuales reconocemos de Job. Es cierto que son palabras pecaminosas, pero son lejos de ser una prueba de la actitud farisaica de la propia justicia. Job sin embargo tuvo fe y fue humilde de corazón. La angustia y el dolor forzaron de él tales expresiones farisaicas.

Nuestros enfermos también tienen pecados de debilidad. Uno tiene que ponerse en el lugar frecuentemente terrible del que sufre. Por tanto, a menos que la idea incrédula de la propia justicia sea muy evidente es un error tronar bruscamente contra tales palabras con la ley, como aun Elihú lo hace (34:36sig.). Seguramente no deben ser aprobadas, pero deben ser rechazadas con gentileza y bondad.

En general, el pastor al lado del lecho del enfermo tiene que estar mucho más ansioso aun que en otras ocasiones de evitar todo juzgar legalista. Es cierto, por supuesto, que no todo lo que hoy se llama un juzgar impío y pecaminoso lo sea. No es un juzgar pecaminoso cuando uno llama el pecado manifiesto por su nombre propio y tiene el llamamiento y el deber de hacerlo; de manera semejante, no es amor sino falta de veracidad cuando uno tácita o explícitamente aprueba lo que es claramente malo. Juzgar significa tachar algo como mal que no es claramente mal, condenar cuando uno no tiene ningún deber de hacerlo. Las dos cosas proceden del mismo corazón, condenar los motivos escondidos detrás de una acción y exagerar el pecado.

En el libro de Job la falta de veracidad de tal juzgar se nos hace aparente en los tres amigos en todavía otra forma, es decir, en la forma de una conclusión *a posteriori*, que juzga que una pecaminosidad particular sea la causa de la visitación. ¡Ya que Job es castigado tan severamente, necesariamente tiene que ser un pecador especialmente malo!

Llegan a este juicio de su corazón porque no saben nada del consejo de Dios excepto la retribución rígida; no saben nada del amor y la longanimidad de Dios como el elemento principal de su reinado; no saben nada del consejo secreto de Dios en decretar la buena fortuna y la desgracia sobre los piadosos y los impíos. Por tanto, la conclusión es falsa. Los sufrimientos de Job podían tener otra causa que la retribución, y la tenían. Los amigos afirmaron algo que no sabían, algo que no fue clara e irrefutablemente seguro como un hecho: un grado singular de pecaminosidad de parte de Job. Así siempre es un juzgar pecaminoso cuando consideramos la desgracia particular de una persona que sufre como el castigo o la disciplina por pecados particulares, a menos que hayamos recibido de Dios una revelación especial divina acerca de ello, y eso tendríamos que probar primero.

Aquí hay un caso de ejemplo: un granjero piadoso planeó una fiesta de bodas para su hijo. El pastor sabía que habría un gran baile de bodas. Amonestó al granjero a que no permitiera el baile. El granjero gustosamente hubiera accedido, pero fue un poco débil para enfrentar las circunstancias, así que permitió el baile. Después de la boda él y sus parientes estaban moviendo una casa. En hacerlo, su pie se atrapó debajo de un tronco y se le quebró la pierna. El comentario inmediato del pastor fue: “¡Eso es lo que gana con permitir el baile! Le advertí pero lo permitió de todos modos. Dios lo ha juzgado.”

Eso fue un vergonzoso caso de juzgar. ¿Con qué fundamento podía probar que el hombre “ganó” eso con permitir el baile? En consecuencia de este juzgar se armó tal tempestad en la congregación que finalmente resultó en el pastor perdiendo su pastorado. Y con justicia. El pastor que juzgó en vez de pastorear a su pueblo ha perdido su oficio.

La doctrina del libro de Job acerca de los tres principios del reinado de Dios no está allí para que investiguemos cada caso de visitación divina para ver si tenemos un ejemplo de la justicia retributiva de Dios. Repetimos: hay todavía hoy juicios retributivos de la ira de Dios. Pero tienen que estar clara e inequívocamente ante nuestros ojos si los vamos a designar como tales. Si un hombre es arrastrado por Dios en medio del pecado y la impenitencia, entonces todo está claro; o si entra en efecto la proclamación de juicio de su siervo tan repentina y claramente como en el caso de Safira (Hechos 5:9, 10), luego uno puede y debe decir con confianza: esto es el juicio de Dios. Pero cuando el caso no obliga a esa interpretación, nadie tiene el derecho a pasar tal sentencia, de otro modo está usurpando la soberanía de Dios y él mismo cae bajo el juicio de Dios.

Es otro asunto todavía cuando un hombre tiene que sufrir las consecuencias naturales de sus pecados, cuando el borracho o derrochador o desordenado arruina su salud y contrae enfermedades abominables, o cuando el criminal es echado a la cárcel o ahorcado, y cuando el mentiroso, el difamador o el hombre deshonesto pierde a sus amigos y buena reputación, su trabajo y medios de vida. Esto en verdad es la ley de la retribución divina, pero es una maldición temporal, general de Dios que está en servicio del amor redentor de Dios y debe predicar a los hombres: “El pecado es afrenta para los pueblos” (Proverbios 14:34), para que en su momento se arrepientan, se aferren de la gracia de Cristo, y sean liberados y salvados.

Lo mismo es cierto en cada caso de visitación retributiva en que Dios todavía deja tiempo y lugar y oportunidad a los hombres para el arrepentimiento. En dondequiera que Dios no ha rendido todavía el juicio final, allí cada visitación individual está bajo el reinado de la misericordia, amor y gracia de Dios para la salvación; y está en la más perfecta armonía con ese reinado también la voluntad oculta, soberana de Dios, según la cual nos envía aflicciones, aunque conforme a la regla de la gracia perdonadora no las hayamos merecido en particular.

Por eso, el arte del aconsejar pastoral consiste en estar equipado con el conocimiento claro del gobierno de Dios y con un corazón lleno de amor compasivo y salvador. Consiste en proceder desde la presuposición de que cualquier caso dado de aflicción es de parte de Dios, de modo que uno no juzgue a la persona afligida, sino, más bien, interpretando en el mejor sentido esta debilidad, le predica que esta visitación no ha llegado a él como un

juicio airado de Dios para rechazarlo, sino como un decreto providencial del Dios escondido, cuyos caminos son inescrutables, sin embargo — en conformidad con su voluntad misericordiosa, irrevocable en Cristo — de bendición, sí lleno de bendición, para todos los que se someten a su voluntad, porque les gobierna el amor de Dios — como fue el caso con Job.

Y si alguien pregunta: “¿En dónde entra la bendición?” el libro de Job contesta supliendo al pastor dos grandes doctrinas.

1) Dios nos prueba como a Job para ver si en la tribulación nos quedaremos firmes en nuestra fe y temor de Dios con paciencia (2:3, 9); el mismo Dios, sin embargo, es fiel, y no permite que seamos tentados más de lo que podamos soportar (1 Corintios 10:13), de modo que la prueba de nuestra fe, siendo más preciosa que el oro que perece, aunque sea probado por fuego, sea encontrada para alabanza y honor y gloria cuando aparezca Jesucristo y recibamos la meta de nuestra fe, la salvación de nuestras almas (1 Pedro 1:7, 9). (Compare Hebreos 12:11.)

2) Por medio de tales visitaciones Dios quiere hacernos humildes, es decir, enseñarnos que delante de él no tenemos derecho a ningún favor o felicidad terrenal y por tanto no tenemos derecho a murmurar contra él y altercarnos con él, sino aun en medio de los más severos golpes tenemos la obligación de temerlo y humildemente adorar su justicia, sabiduría y amor, aun cuando no los reconozcamos. Así enseñó a Job (cap. 38:41). Esto, junto con el primer punto, es la doctrina principal del libro de Job. La verdadera tarea del pastor es impartir correctamente ambas grandes doctrinas a los afligidos y los que sufren. Se enseñan también en otras partes de la Escritura, pero en ningún lugar tan clara y enfáticamente como aquí.

En los discursos de Elihú hay varios puntos que también se verifican en otras partes de la Escritura. En el capítulo 33:29, 30 dice de la aflicción del cuerpo: “He aquí, Dios hace todas estas cosas con el hombre, dos y tres veces, para restaurar su alma de la fosa y para iluminarlo con la luz de la vida.” Este es el mismo pensamiento que Pablo expresa así en 1 Corintios 11:32: “Pero siendo juzgados, somos disciplinados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.” (compare Hebreos 12:5sig; Apoc. 3:19sig.; 1 Pedro 4:1). Elihú dice lo mismo en 36:9, 10. La aflicción debe ser para nosotros una invitación a examinarnos si es que estemos andando en caminos malos, perversos y ayudarnos a volvernos de tal camino. El pastor cuidadoso también sabrá aplicar esta verdad en el tiempo y el lugar correcto. No debe, sin embargo, emplearlo con demasiado dureza.

Finalmente, en 33:19-23 encontramos la misma verdad que Lutero expresa en su traducción de Isaías 28:19: “la tentación te enseña a prestar atención a la palabra” (*Die Anfechtung lehret aufs Wort merken*). No es necesario probar aquí que esto también es enseñado en muchos otros lugares de la Escritura. El pastor hará bien en hacer uso generoso de esta verdad con la persona que está afligida.

Las Escrituras contienen muchas otras reglas pastorales para los casos de severa visitación y aflicción. El libro de Job tiene el propósito particular de enseñar el consejo de Dios en la

severa aflicción. Por eso, ningún pastor puede darse el lujo de no estudiar repetidamente este libro para mejorar su ministerio con los enfermos.